

¿Espiritualidad ignaciana y carismática?



Conversando con
el Padre
Carlos Aldunate, S.J.

Carmen Gloria Urrutia de Araya

BEUVEDRÁS

¿Espiritualidad ignaciana y carismática?

*Conversando con el Padre
Carlos Aldunate, S.J.*

Carmen Gloria Urrutia de Araya



c.e: bvdrais@intermedia.cl

© Carmen Gloria Urrutia de Araya, 1997.
¿Espiritualidad ignaciana y carismática?
Conversando con el Padre Carlos Aldunate
Con las debidas licencias.

© Bevedraís Editores, 1997. Santiago, CHILE.
Teléfono-fax: (562)341-8853.
c.e: bvdrais@intermedia.cl

Diseño de portada e interiores: Claudio Sapag P.

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 100650
I.S.B.N. 956-272
Segunda edición; 2.000 ejemplares.
Impreso en Imprenta Salesianos, S.A.

Indice

Presentación	9
Prólogo	11
Capítulo 1: Renovación Carismática	19
Capítulo 2: Fundamento ignaciano	23
Capítulo 3: Ejercicios ignacianos bíblicos	29
Capítulo 4: ¿Ejercicios carismáticos ignacianos?	35
Capítulo 5: ¿Renovación con influjo ignaciano?	41
Capítulo 6: Camino de carismas	45
Capítulo 7: Aportes de la sicología	49
Capítulo 8: Lugar de la Virgen María	55
Capítulo 9: Colaboración laica	59
Capítulo 10: ¿Difusión de una Nueva Espiritualidad?	65
Capítulo 11: Testimonios	69
Epílogo	87

...porque yo derramaré aguas sobre el (suelo) sediento, y arroyos sobre la (tierra) seca, y efundiré mi espíritu sobre tu simiente, y mi bendición sobre tus retoños...

(Isaías 44, 3)

El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva manarán de su seno.

(Juan 7, 37-38)

Al cumplirse el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar, se produjo de repente un ruido proveniente del cielo como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas, según el Espíritu les otorgaba expresarse.

(Hechos, 1, 1-4)

Presentación

Desde el Concilio Vaticano II se está difundiendo una corriente de gracia que se ha llamado "Renovación en el Espíritu Santo" o "Renovación Carismática". Después de todas las renovaciones fecundas (renovación litúrgica, renovación bíblica, renovación teológica, entre otras) y después de la gran renovación que fue el mismo Concilio, la Renovación Carismática ha sido una "gracia oportuna para el mundo y para la Iglesia" (Paulo VI).

Son muchos los sacerdotes que han sido tocados por esta gracia renovadora. Hay sacerdotes diocesanos, como el Cardenal Suenens; franciscanos como el P. Cantalamessa (predicador del Vaticano), benedictinos, carmelitas, salesianos, jesuitas...

Cada uno de estos sacerdotes ha sentido que la nueva corriente espiritual renovaba todo lo que era y todo su ministerio. Y cada uno aportaba su formación teológica, sus experiencias apostólicas, la espiritualidad en que se había formado.

Cuando Carmen Gloria me propuso entrevistarme, me di cuenta que sus preguntas apuntaban a saber cómo la Renovación Carismática había afec-

tado mi espiritualidad jesuita y cómo esta espiritualidad ignaciana coloreó mi comprensión de la renovación y mi apostolado, o más concretamente, cómo estas dos fuentes de inspiración, se combinaron en mi apostolado de retiros y de escritos.

Era un desafío y me pareció que sería de provecho para muchos lectores. Siempre es interesante comprender cómo funciona una persona por dentro, y el desarrollo espiritual es un valioso hilo de conducción, ya que está compuesto por iniciativas de Dios y por nuestras respuestas a ellas.

Por otra parte, y principalmente, es provechoso adentrarse en las bendiciones con que el Espíritu Santo dirige al pueblo de Dios. En los momentos actuales abundan los problemas y es necesario "leer los signos de los tiempos", porque para las nuevas necesidades, Dios tiene siempre nuevas soluciones.

Estas páginas son, pues, un itinerario espiritual en que se ve cómo Dios junta y combina circunstancias y elementos para desembocar en algo nuevo.

"Espiritualidad Ignaciana y Carismática" es algo nuevo para mí. Sin duda otros han llegado a síntesis semejantes, pero no idénticas, porque Dios no se repite. En cada caso, el camino habrá sido diferente. Este es el mío.

Padre Carlos Aldunate, S.J.

Prólogo

Después que pasa el tiempo, podemos ver lo que hemos vivido y descubrir en los acontecimientos la mano de Dios.

Al hacerle esta entrevista al padre Carlos Aldunate, vino a mi memoria la primera vez que hice Ejercicios en Valparaíso, hace ya varios años. Llegué sola y con un poquito de miedo ante lo desconocido que iba a vivir.

Me abrió la puerta de Eusebio Lillo 409, el padre Carlos en persona, y dije para mí ¡qué rostro tan amado! A la entrada, en la muralla del fondo, había un retrato de otro rostro amado: San Ignacio de Loyola.

Ahí comenzó la gran aventura de mi vida, el tesoro que el Señor quiso darme. Todo lo que pasaba en esa casa de los jesuitas era nuevo para mí.

Recuerdo que el silencio obligatorio en los Ejercicios me abrió los oídos, los ojos y todos los sentidos que durante años de correrías y bullicios se habían cerrado. La oración adquirió un nuevo brillo y cada florcita del jardín o del cerro era motivo de larga con-

templación. El cielo volvió a tener el atractivo que tenía en mi niñez y rezando y rezando seguía las nubes, descubriendo sus dibujos y grandezas.

El Espíritu Santo había impregnado las murallas de esa vieja casa, porque sin haber escuchado hablar jamás de la Renovación carismática, entré en una nueva relación con el universo, las personas, las cosas y con Dios.

Acostumbrada a un ambiente intelectual, mi encuentro con el grupo que hacía Ejercicios fue como la entrada a un kinder, entretenido y libre.

El programa decía que, al atardecer, había "oración comunitaria". Yo me dejaba conducir pero iba realmente de sorpresa en sorpresa.

Mi primera impresión de entrada fue el canto. Era un canto nuevo, hoy puedo decir inspirado; tocaba el alma, adivinaba el sentir del momento, lo que yo quería decirle a Dios.

Se alababa al Creador en alta voz, en oración espontánea por lo que estábamos viviendo, por lo que había hecho y lo que estaba haciendo. Mi corazón agradecido, tímidamente alababa al Señor por esta Iglesia viva, por este regalo anhelado y esperado desde hacía mucho tiempo.

De repente, y con suavidad, empezó un canto de ángeles que iba *crescendo* y suspendía el alma en amor y bajaba también con suavidad hasta morir. Yo creía estar en el Cielo; después supe que era "canto en lenguas". Este hermoso canto hizo que el primer día de Ejercicios de San Ignacio renovados en el Espíritu, tomara una "determinada determinación": yo me quedo aquí para siempre, si el Señor me lo permite.

La alegría más grande fue descubrir que el Señor

quería sanarme de mis muchas heridas, dolores, abandonos, soledades y que todo era posible de la manera más sencilla. Le presentaba a mi guía una carga de lamentos, me escuchaba con atención y me entregaba la receta: una lista de textos bíblicos. El Señor hacía el resto, aprovechándose de todo y de todos los que estaban en el retiro. La Palabra de Dios era creadora, hacía lo que decía; yo lo comprobaba en mi propia historia.

Descubrí a Jesús vivo y actuando en medio de nosotros y en nosotros.

Me impresionó sobremanera estar con gente pobre y humilde, hablándome de Dios con una autoridad que me declaró ignorante por mucho tiempo, aprovechando así de impregnarme de esta sabiduría. Ahora puedo ver que el Señor me enmudeció, preparándose para servirlo.

La Palabra de Dios ocupaba el lugar central en la oración comunitaria. Se escogía un texto relacionado con el ejercicio del día y el Espíritu Santo iluminaba de tal manera a las personas en su compartir, que su palabra era clave para entender lo que vivía y que lo mío le servía a otro; después lo supe.

¡Se podrían decir tantas cosas!

El Padre Carlos dirigía el retiro pero no iba a la oración compartida; así que yo pensaba: ¿sabrá el Padre todo lo que está pasando aquí? Yo estaba gozando mucho y a él lo veía muy serio.

Me parece que discurría como niño y me decía ¿tendremos permiso para pasarlo tan bien indefinidamente?

Una tarde anunciaron que iba a haber "Oración de Sanación". Fue en la Iglesia, durante la Misa o des-

pués. Se formaron grupos pequeños y unos oraban por otros. La oración era en lenguas y aunque no entendía lo que decían, sí podía sentir el amor de mis hermanos y el de Dios.

El Padre Carlos estaba ahí, en medio de todos y recuerdo que me dio mucha alegría verlo y saber que él apoyaba todo esto, tan nuevo y hermoso. Era uno del grupo, sabía de las "locuelas".

Creo que hacerle estas preguntas años después, es retomar ese momento en que intuí que su presencia era fundamental.

Con este testimonio personal, quiero decir de alguna manera esa experiencia de Dios que hemos tenido todos los que hacemos los Ejercicios que da el Padre Aldunate.

Me parece que lo más sorprendente es encontrarse con el Espíritu Santo, a través de los carismas que nos descolocan y nos ubican en una nueva dimensión, en una sintonía con Dios que nos hace pequeños y expectantes ante su amorosa presencia. Cae una barrera en nosotros para entrar en la pedagogía de Dios que habla al corazón en nuestro propio idioma (Sal. 139,4), despertando el alma en todos sus niveles.

Por su parte, los Ejercicios hacen que esta primera experiencia de emborrachamiento de amor (Hch. 2, 12) vaya decantando paulatinamente y encauzando las gracias hasta hacerse razón. Así podemos descifrar en sus diferentes manifestaciones la voluntad de Dios, en lo concreto de nuestra existencia.

Los Ejercicios definitivamente nos aterrizan, es decir, nos convierten y sanan para tener una visión realista, en primer lugar sobre nosotros mismos, y tam-

bién sobre las situaciones y las cosas.

Los carismáticos chilenos, y me atrevo a decir también los argentinos, no concebimos vivir la fe sin hacer Ejercicios u otros retiros en Padre Hurtado por lo menos una vez al año, así como los ignacianos no entendemos los Ejercicios sin la Palabra y la presencia de los carismas, de manera que lo carismático y lo ignaciano han llegado a ser naturalmente inseparables.

El propósito de estas preguntas al Padre Carlos Aldunate, es reflexionar respecto a nuestro caminar. En esta espiritualidad hemos aprendido lo saludable que es remontarnos a los orígenes para comprender lo que hoy vivimos y lo que viene en el futuro.

El Padre Carlos nos relata, para alegría nuestra, y con la humildad que lo caracteriza, lo que el Espíritu Santo ha hecho a través de él en favor de su Iglesia.

Ha sido un largo caminar desde ese día en que tuvo su "Bautismo en el Espíritu", y se comprometió a ser fiel a sus inspiraciones.

Podemos constatar en estas páginas que, desde ese momento, puso todas las gracias con que el Señor lo bendijo al servicio de esta causa.

Lo que hoy vivimos tan naturalmente, ha sido materia de profundos estudios, investigaciones y discernimientos. Hemos sido guiados y conducidos permanentemente; ¡estamos situados en sólidos fundamentos!

La cantidad de libros que ha editado -y que se caracterizan por su sencillez y profundidad- va siendo siempre respuesta a las interrogantes y necesidades de la comunidad que vive su fe.

Se puede decir con propiedad que el Padre Car-

los le ha dado a la Renovación fundamento y solidez, y a los Ejercicios, la chispa nueva del Espíritu a través de los carismas y la Palabra de Dios.

Quisiera resaltar algunos aspectos de esta renovación carismática ignaciana, que desde un comienzo me llamaron la atención y que, simplemente, se dan.

Son multitudes de personas las que desean hacer Ejercicios y la gran mayoría de estas personas son pobres, enfermos de toda clase, pecadores que no tenían ubicación en ningún lugar, marginados, ignorantes. Todos son recibidos sin excepción.

De esto mismo se desprende que es una Iglesia testimonial por excelencia, que siempre alaba, además de ser orante y servidora.

Fruto de la oración es su búsqueda incesante de la voluntad de Dios, que nos adentra día a día en nuevos desafíos.

Quisiera resaltar de manera especial la dignidad real que tenemos los laicos en el apostolado. El Padre Aldunate confía en nosotros y nos da grandes responsabilidades.

No es extraño que laicos dirijan a sacerdotes y más todavía ¡mujeres!

Esta confianza, que siempre nos sorprende, nos mueve a responder cada vez con más generosidad y entrega.

A través de estas preguntas y respuestas podríamos contemplar lo que el Espíritu en el tiempo fue gestando, desarrollando y dando a luz en favor de la Iglesia chilena y también universal (se dan Ejercicios renovados en Argentina, Bélgica, Francia, Italia, y otros países).

Para terminar, quisiera dar un testimonio que re-

trata al Padre Aldunate de cuerpo entero.

Hace algunos años, estando en un retiro, caí en la cuenta de algo que para mí fue una gran revelación. Entré intempestivamente en la oficina del Padre Carlos y le dije:

-Padre Carlos, ¿usted valorizó el fundamento bíblico del texto de San Ignacio y nosotros trabajamos con eso?

Como de costumbre, él me miró tranquilamente, y después de un segundo, me dijo:

-Sí.

Insistí. ¡Pero Padre Carlos, esa es la Revolución más grande que ha sucedido en la Compañía de Jesús!

-¿Usted cree?

Me parece que no es necesario agregar nada más, solamente dar gracias a Dios por su bondad.

¡Alabado sea el Señor!

Carmen Gloria Urrutia

Capítulo 1: Renovación Carismática

Carmen Gloria Urrutia: Padre Carlos, lo hemos conocido a usted en la Renovación Carismática; cuéntenos cómo fue su primer encuentro con la Renovación.

Padre Carlos Aldunate: Yo estaba en Osorno, era Rector de nuestro Colegio San Mateo, en el que trabajaban varios jesuitas norteamericanos y varias religiosas de la misma nacionalidad. Ellos me prestaron algunos libros relacionados con la Renovación y me informaron de un retiro que iba a darse a finales de enero de 1972.

Fui a ese retiro y me di cuenta de que los que nos hablaban habían tenido una experiencia espiritual de gran importancia en su vida. Se trataba de un "bautismo en el Espíritu Santo". Podríamos desear y pedir ese "bautismo"; la comunidad entera rogaría por nosotros y podríamos recibir la misma experiencia que ellos habían recibido.

Había más de setenta personas en el retiro, casi todos ellos de lengua inglesa porque el retiro se daba en inglés. Yo no conocía sino a una o dos religiosas. Por esto pude darme intensamente a la oración. No entendía lo del "bautismo en el Espíritu Santo", pero no

había nada malo en pedir una efusión del Espíritu. Comprendí que esto exigiría de mí una fidelidad a las inspiraciones del Espíritu.

Por otra parte, no quería caer en una autosugestión. Si me dejaba llevar del deseo, de la emoción, del entusiasmo, se produciría una impresión psicológica que iría disminuyendo a medida que se disipaba la emoción. Yo quería que el efecto fuese realmente obra del Espíritu Santo, como lo que se producía en una ordenación sacerdotal.

El día señalado, nos fuimos sentando por turnos, formando pequeños grupos cuadrados de ocho, y todos los demás se reunían alrededor para cantar y orar por los del grupito central. Pedíamos que el Espíritu Santo descendiera sobre ellos con una nueva efusión, para transformar sus vidas, como lo había hecho con los miembros del equipo y con tantos otros.

Los que estaban inmediatamente detrás del grupo sentado, ponían sus manos sobre los hombros de los que estaban delante. Después de un corto rato de cantos y oraciones, quedaba terminada la ceremonia. Se levantaban los del centro y otros tomaban su lugar formando un nuevo grupo. No hubo desmayos ni escenas histéricas.

Cuando me tocó el turno para formar parte del grupo central, sentí amor y agradecimiento por todos los que cantaban y oraban por nosotros, pero no hubo ninguna experiencia extraordinaria.

A pesar de una aparente infructuosidad inicial para mí, el retiro fue produciendo frutos crecientes. Ante todo, me parecía que había recibido algo nuevo, como un arbolito en un macetero que debía cuidar y cultivar para que no fuera a morir.

Ese retiro, que se terminó el 2 ó 3 de febrero, lo prolongué por mi cuenta con tres o cuatro horas de oración al día hasta fines de mes. Sentía una sed inmensa de Dios con agradecimiento y súplica. También sentía una nueva relación de amor para con los demás y una nueva actitud en la predicación. Me sorprendió un celo grande para que otros aprovecharan (en un retiro posterior) lo que había sido una gran gracia para mí.

Posteriormente caí en la cuenta de que yo había estado en una "luna de miel" que duró unos tres o cuatro meses. Pero ese fervor no ha desaparecido del todo desde entonces; por el contrario, se ha fortificado.

El fruto del retiro no fue euforia emocional o pasajera, sino la infusión en mí de una nueva fuerza, no mía, sino del Espíritu Santo en mí. Era una apertura para que el Espíritu actuara en mí.

Aún ahora, en los retiros, me asombro de los resultados que ciertamente no son fruto de nuestra acción, sino acción del Espíritu Santo en los ejercitantes.

C.G.U.: Luego, ¿fue para Ud. la efusión del Espíritu una cosa nueva?

P.C.A.: Sí, fue una cosa nueva, pero no completamente nueva. Me he dado cuenta después que la Renovación cumplía anhelos que ya había tenido a través de mis años de sacerdocio y de actividades directivas, y antes, en teología, en filosofía, en los primeros años de vida religiosa, y aún antes, en mi vocación en mi niñez, a lo menos desde mi Primera Comunión. Dios es armónico en sus obras: puso en mí aspiraciones que fueron cumplidas en la efusión del Espíritu Santo, y que siguen completándose.

C.G.U.: ¿Se puede decir que la Renovación fue un amor a primera vista?

P.C.A.: Sí, pero porque reconocí algo que anhelaba y que se me había cumplido en parte. Al leer la obra de Poulain, *Grâces d'Oraison*, se me ocurrió que algo de lo que allí había escrito me había ocurrido sin haberle puesto nombre.

C.G.U.: Esta experiencia ¿tuvo consecuencias para su vida sacerdotal?

P.C.A.: Ciertamente. Fue ante todo un enriquecimiento.

Capítulo 2: Fundamento Ignaciano

C.G.U.: Como sacerdote jesuita, para Ud. no debe haber sido fácil optar por la Renovación.

P.C.A.: Una dificultad inicial fue respecto a la Iglesia. El "Bautismo con el Espíritu Santo" era una expresión bíblica (Jn. I, 33). Por otra parte, no podía ser mala una oración en la que pedimos la efusión del Espíritu Santo para nosotros y para los otros. Los efectos de esta oración eran buenos y aun sorprendentes; este bautismo (que no se ubicaba en mi teología) era algo nuevo: tenía su historia, había "aparecido" unos cuatro años antes, en 1966 y 1967... ¿Cómo explicarse que la Iglesia no se daba por aludida? ¿Estábamos acaso en una especie de secta?

Comencé por hojear las revistas de teología para ver si salía algo sobre este nuevo acontecimiento. Al principio, nada. Después de algunos meses, una nota (ni media página) en la revista Concilium. Se menospreciaba el valor de estos fenómenos.

Pero, al poco tiempo, apareció un artículo en Gregorianum, revista oficial de la Universidad Gregoriana de Roma. En ésta, el P. Francis Sullivan, S.J. estudiaba el "Bautismo en el Espíritu Santo" y

aceptaba plenamente su ortodoxia. Aparecieron también otros artículos; uno en *Civilitá Católica*, revista jesuita de Roma y casi oficiosa de la Santa Sede. El artículo era francamente favorable. Después otro artículo en *Etudes*, revista jesuita de París. El autor se balanceaba entre aspectos buenos y reparos posibles (actitud típica de la intelectualidad francesa). Para confirmarme en mi posición, bastaron con creces los dos artículos publicados en Roma.

De todos modos, me parecía tan trascendental la acción sorprendente del Espíritu Santo, que esperaba una reacción de la Santa Sede. Esta se fue produciendo poco a poco. El episcopado norteamericano aprobó esta corriente espiritual que, como anteriormente la Renovación Litúrgica y la Renovación Bíblica, se estaba propagando sin estructuras directivas a través de toda la Iglesia. Llamaron sí, la atención sobre posibles desviaciones.

Cuando me pidieron un "retiro carismático" que debía realizarse en septiembre de 1972 en Valdivia, me pareció prudente pedirle permiso al Obispo José Manuel Santos. Me parecía que no debía predicar una cosa tan nueva sin su aprobación. Pude decirle que los obispos de los Estados Unidos habían aprobado esta renovación en el Espíritu Santo.

En el año 1973, el Papa Paulo VI, influido por el Cardenal Suenens, dio un paso tímido, recibiendo en el Vaticano a un grupo de alrededor de veinte "peregrinos". Sus palabras fueron alentadoras pero muy cautas.

En el año 1974, fui invitado a formar parte de unos diez o doce que trabajamos con el Cardenal Suenens para publicar *Theological and Pastoral Orientations on the Catholic Charismatic Renewal*. Era

el primero de una serie que se conocería con el nombre de "Documentos de Malinas"

Un año después, en 1975, se produjo la reunión de diez mil carismáticos con Pablo VI, en la que el Papa leyó un discurso en el que apoyaba fundamentalmente "la renovación espiritual que el Espíritu Santo estaba produciendo". Declaró además que, "esta renovación era una 'oportunidad' (o suerte) para el mundo y para la Iglesia".

C.G.U.: ¿Y lo de jesuita?

P.C.A.: Para eso debemos volver al principio, al año 1972. La Renovación Carismática presentaba muchos aspectos nuevos, y como jesuita, yo estaba acostumbrado a discernir, es decir, a investigar de qué espíritu provenían estos fenómenos. También me ayudaban mis estudios de psicología experimental con test de proyección, cuestionarios, estadísticas, etcétera.

Lo primero que examiné fue la oración en lenguas. ¿Era algo milagroso, como hablar en hebreo antiguo? ¿Era simplemente un lenguaje expresivo (no conceptual), que brotaba espontáneamente o podía adquirirse con la práctica? Esta segunda alternativa no excluía la acción del Espíritu Santo que opera en toda oración (Cfr. I Co 12,2). Después de lecturas, reflexión y experimentación personal, opté por lo segundo.

Otro punto nuevo fue lo de las sanaciones físicas e interiores. Los hechos eran indudables, pero ¿qué significaba un carisma? ¿Cuál era la parte del hombre y cuál la acción de Dios? ¿Podían intervenir a veces espíritus que no venían de Dios?

Todo esto me llevó más tiempo, con conversaciones y reflexión sobre experiencias mías y ajenas. El contacto con Brieger Mc Kenna me ayudó mucho.

Comprendí que la Renovación Carismática era una nueva frontera de la Iglesia, enfrentada con multitud de nuevos peligros: orientalismo, espiritismo, magia, brujería, supersticiones... Estas desviaciones eran antiguas en sí mismas, pero se propugnaban con nuevas fuerzas ante un cristianismo debilitado. En efecto, los ambientes de religiosidad tradicional se disipaban ante los embates del aburguesamiento, la incredulidad, la propaganda del comunismo, etcétera. La renovación era la acción de Dios en una nueva frontera. Y es propio de los jesuitas estar y actuar en las nuevas fronteras.

Mis Superiores Provinciales jesuitas tuvieron confianza en mi criterio. Dos Superiores Generales de la Compañía de Jesús, que hemos tenido desde 1972, han valorizado plenamente la Renovación. Son muchos los jesuitas que apoyan la Renovación en los cinco continentes.

C.G.U.: ¿Pero cómo concilia Ud. la Renovación Carismática con la espiritualidad de los Ejercicios?

P.C.A.: Desde luego, no podía haber verdadera oposición; tanto los Ejercicios Ignacianos como la Renovación venían de Dios, porque Dios se manifestaba en los frutos espirituales de ambas espiritualidades.

Pero había más: la experiencia carismática me hizo comprender más profundamente los Ejercicios de San Ignacio. Yo había estudiado estos Ejercicios desde mi noviciado en 1932. Había apreciado diversos aspectos: su encadenamiento lógico, el paralelismo con las diversas etapas de la vida espiritual descritas por San Juan de la Cruz, la sicología de los Ejercicios que llevan a una decisión total, cada vez más profunda y permanente, la dialéctica de los Ejercicios descrita por

Gastón Fessard, el influjo de los Ejercicios aun en el inconsciente, etc.

La experiencia carismática, sin embargo, fue la que me iluminó la acción eficaz de Dios en cada paso de los Ejercicios. Comprendí el alcance de las peticiones, "la acción inmediata del Creador con la creatura y de la creatura con su Creador y Señor " (15), las Reglas de Discreción de Espíritus, etc.

Ya no se trataba de eficacia psicológica, sino de la visión de fe que vivió San Ignacio con dones extraordinarios de santificación y con carismas que correspondían a la misión a la que era llamado.

Por otra parte, los Ejercicios fueron el cuadro en que viví y comprendí la Renovación. La docilidad al Espíritu Santo requería la purificación de la Primera Semana de Ejercicios y la decisión generosa de la Segunda Semana, en que el ejercitante se pone a la entera disposición de Dios.

El discernimiento de las inspiraciones y de los carismas, nos lleva a las Reglas de Discreción de San Ignacio. La solidez espiritual de la Renovación no podía darse sino con la abnegación (el "salir del propio amor, querer e interés"-189-) y la generosidad ("no queriendo ni buscando en todo esto sino en todo y por todo la mayor alabanza y gloria de Dios, nuestro Señor"- ibid.).

Por lo tanto, los Ejercicios Espirituales de San Ignacio fueron para mí el fundamento para responder a la gracia extraordinaria que era esta corriente de gracia "para el mundo y para la Iglesia", y para cada uno de nosotros.

Capítulo 3:

Ejercicios Ignacianos Bíblicos

C.G.U.: He participado varias veces en los Ejercicios Ignacianos dirigidos por Ud. y son muy bíblicos ¿Podría explicarnos esto?

P.C.A.: Es cierto que los Ejercicios que dirijo parecen más bíblicos que ignacianos. También esto tiene su historia.

Los Ejercicios que recibí durante mis años de formación, estaban basados en el texto de San Ignacio. Se usaba el texto que se llamaba "autógrafo", porque está en castellano antiguo y tiene acotaciones de mano del mismo San Ignacio. Se leía el texto, se analizaba el sentido exacto de las palabras de San Ignacio, se comentaba para el provecho del ejercitante de hoy.

Ya en mi noviciado, en 1932, el Maestro del Noviciado nos encargó hacer una concordancia del libro de San Ignacio. Nos repartió palabras clave y recorríamos el texto transcribiendo las frases en las que aparecía una de esas palabras. Después volvía cada uno a leer todos los Ejercicios para ubicar y transcribir las frases que contenían otra de las palabras. Fue un estudio muy interesante, que nos llevó a conocer bien el "autógrafo" del Santo.

Después, leí muchos comentarios, revisé la biblioteca entera del P. Watrigant, un gran estudioso de los Ejercicios; leía la revista Manresa, en la que se comentaban los Ejercicios, visité a varios expertos como el P. Calveras, el P. Rodríguez y otros. Me interesé mucho en estos estudios porque si San Ignacio había escrito bajo especial inspiración de Dios, los Ejercicios serían tanto más eficaces, cuanto más fieles al pensamiento del Santo.

El estudio de la psicología de los Ejercicios, estaba subordinado a la recta comprensión del texto, porque no se trataba de inventar unos Ejercicios nuevos, adaptando el texto de San Ignacio a determinados objetivos de transformación psicológica. Al contrario, la psicología debía ayudarnos a comprender en profundidad la eficacia del encadenamiento ordenado por el Santo.

Evidentemente no se excluía la gracia de Dios, pero se suponía que ésta acompañaba siempre al que hacía fielmente los Ejercicios.

En resumen, a partir de mi ordenación sacerdotal, procuré dar, todos los años, los Ejercicios a alguna congregación religiosa. Ellas y el clero, tanto los diocesanos como religiosos, éramos casi los únicos que hacíamos Ejercicios Ignacianos (que por lo demás estaban recomendados en el Código de Derecho Canónico). Siempre se trataba de "Ejercicios predicados", es decir, con cuatro y aun cinco instrucciones al día, ya que la eficacia de los Ejercicios dependía principalmente del predicador que transmitía el texto del Santo.

Entonces sucedió un hecho casual para mí, pero, sin duda, providencial, porque pertenecía a los planes de Dios.

El P. Dominic Maruca, jesuita norteamericano, vino a dar un curso sobre Ejercicios personalizados. En este curso comprendí el alcance del nuevo sistema, pero, al principio, no veía cómo realizarlo. El P. Maruca nos entregó un abundante material impreso (en inglés), que el Director iba pasando al Ejercitante, según la Etapa de los Ejercicios y las necesidades personales en cada caso. El material impreso complementaba las instrucciones del Director. ¿Cómo dispondríamos de todo el material necesario?

Entonces, se me ocurrió entregar citas bíblicas. Había reunido una lista de textos calcados sobre el Seminario de Vida en el Espíritu. Me habían servido muchas veces al dar retiros carismáticos. Los había completado para publicarlos en el Boletín de la Renovación, como un medio para prolongar en la oración personal el temario de los Seminarios. Se me ocurrió entregar entonces, a cada ejercitante, estas citas bíblicas mimeografiadas y le indicaba una o dos líneas que podrían servirle para la oración personal, siguiendo la orientación de los Ejercicios. Esta orientación general de cada día, la daba yo en una enseñanza por día.

De esta manera, podía darle a cada ejercitante las citas bíblicas que necesitaba -y en la enseñanza, orientaba cada día según el movimiento de los Ejercicios Ignacianos.

Fue un gran "hallazgo". Cuando Nelly Astelli me escribió desde Bélgica que le estaban pidiendo Ejercicios de San Ignacio, le respondí enviándole una de estas listas de citas, diciéndole: "Usted tiene todo lo necesario para dar los Ejercicios".

C.G.U.: ¿Y cómo comenzó el papel de los guías?

P.C.A.: Fue en Valparaíso. Los primeros retiros

personalizados no podían tener más de diez o doce personas, por la limitación de la casa.

Más tarde, se habilitaron más habitaciones y se dieron retiros paralelos: dos retiros simultáneos de diez ejercitantes, cada uno con un Director que los guiaba personalmente. Yo celebraba la Eucaristía para los veinte, que iban a mi enseñanza por la mañana, dividiéndose luego en dos grupos con guías auxiliares.

Si el oficio principal del Director era la entrevista personal y la entrega de citas bíblicas para el día, la enseñanza tomaba una importancia secundaria.

Sin embargo, las enseñanzas eran y siguen siendo importantes para orientar la oración en cada etapa de los Ejercicios y para completar la visión del ejercitante. Porque, por más que la mayoría fueran "cristianos instruidos y piadosos", no solían tener más formación de lo que habían recibido para la Primera Comunión y el Sacramento de la Confirmación.

Era necesario, pues, corregir y completar la comprensión que traían de la revelación divina. Los misterios revelados eran mucho más hermosos y coherentes de lo que habían podido comprender en su niñez.

Más tarde, y con Ejercicios de treinta, cuarenta y hasta ciento diez personas, se hizo necesario aumentar el número de guías. Se confirmó la diferencia que había entre los "Ejercicios Predicados" y los "Ejercicios Personalizados". Para estos últimos, los guías eran indispensables.

Al mismo tiempo, se apreció mejor el rol de los guías: no debían dirigir a cada ejercitante según sus propias luces, sustituyendo al Espíritu Santo, o siendo intermediarios entre el Espíritu Santo y cada ejercitante. No debían ir un paso más adelante del ejercitante,

sino acompañarlo desde atrás. Su rol era ayudar y animar al ejercitante en sus cuatro o cinco horas de oración solitaria al día, facilitando así, "la acción inmediata del Creador y Señor" (15). Al guía no le toca, primeramente, dar consejos ni enseñanzas, sino asegurar el contacto con el Señor.

Sin la entrevista diaria con el guía, el ejercitante corre el peligro de ser un simple oyente de las enseñanzas, o un simple lector de la Biblia. La entrevista asegura el examen en que, según San Ignacio, "examinaré cómo me ha ido en la contemplación o meditación" (77).

La experiencia nos deja cada vez más admirados de la eficacia de la Palabra de Dios. Las enseñanzas del Director, las entrevistas con el guía deben ayudar al contacto inmediato con el Señor en su Palabra. Lo típicamente ignaciano es "el orden y el modo" de este contacto (cfr. 2).

C.G.U.: ¿Y de allí nacieron los EGRUV?

P.C.A.: Exactamente. Los Ejercicios Grupales en la Vida (EGRUV) nacieron de la idea de repartir los temas propios de los Ejercicios, a través de varias semanas. Así, las citas bíblicas que se proponían para las cuatro o cinco meditaciones diarias, se propondrían a través de 16 a 18 semanas.

Además, se vio que se podían dar estas citas bíblicas a pequeños grupos de seis a ocho personas, de modo que hubiera un apoyo mutuo en compartir las experiencias de la oración. El compromiso era de meditar media hora cada día con alguno de los textos bíblicos recibidos en la reunión.

Los resultados fueron excelentes: una oración diaria, a través de 18 semanas, era una introducción en la vida espiritual; se adquiriría una costumbre de orar, se

aprendía a compartir, los guías aprendían a acompañar espiritualmente. Todos admiraban la eficacia de la Palabra de Dios.

Capítulo 4: ¿Ejercicios carismáticos?

C.G.U.: Usted nos habló de su contacto con la Renovación y cómo la Renovación lo llevó a centrar los Ejercicios Ignacianos en la Palabra de Dios. ¿Es éste el único influjo carismático en los Ejercicios que Ud. da?

P.C.A.: Creo que es el influjo principal. La Biblia nos introduce a una visión inmensa, infinita. Toda la revelación se hace presente cuando fundamos los Ejercicios en la Palabra de Dios.

Pero también hay otros elementos de la Renovación Carismática que han enriquecido los Ejercicios "tradicionales", es decir, los que recibíamos todos los jesuitas en nuestra formación y que dábamos después.

Desde luego está el tema de la sanación interior; es un enfoque nuevo de un punto que tocó San Ignacio. En los Ejercicios, él hace pedir la gracia de "sentir" el desorden que hay en nuestra manera ordinaria de actuar, para aborrecer ese desorden y enmendarse con la gracia de Dios. Esta gracia es tan importante que el Santo la hace pedir en un triple coloquio: con María, con Jesús y con el Eterno Padre (vea n° 63).

Ahondando este punto en los Ejercicios, solemos

explicar las fuentes de este desorden (que resultan ser fuentes interiores de tentaciones). Estas fuentes las agrupamos en tres capítulos: las tendencias viciadas (o vicios capitales), las heridas emocionales (o traumas), las esclavitudes (o ataduras de diversas clases: compulsiones, obsesiones, ideologías, prejuicios, resentimientos...). En estos puntos débiles, que son interiores, inciden las tentaciones exteriores y, en general, el medio ambiente mundano.

Esta elaboración se complementa con un tema que se trata mucho en la Renovación (¡y en el Evangelio!): la necesidad de perdonar.

El que guarda resentimientos queda aprisionado en el pasado, endurecido en un rechazo al hermano y, por lo mismo, endurecido en una actitud que es obstáculo a la gracia de Dios (vea Mc 11, 24-26).

Perdonar es un paso que debe darse en obediencia a Dios, un paso libre y posible con la ayuda del Señor; pero hay también un aspecto de sanación, porque la ofensa ha herido al ofendido. Esta sanación interior no está en nuestra mano; necesitamos pedirla a Dios.

Consecuencia de todo esto es la Oración de Sanación, con la que solemos terminar la etapa purificadora de los Ejercicios (o Primera Semana). No siempre la hago; pero sí, en general.

El fruto de la primera etapa de los Ejercicios suele ser notable. Afloran problemas del pasado; se apagan resentimientos; aun se producen sanaciones físicas. Estos procesos continúan desarrollándose en los días que siguen.

Otro aporte de la Renovación es la Oración Compartida. Se suele poner al fin del día, antes de la cena o

de la Eucaristía. Es una oración colectiva, que San Ignacio habría aprobado, porque él contemplaba la posibilidad de que el ejercitante fuera a las Vísperas, en la Iglesia Parroquial.

En la Oración Compartida se aprende a alabar a Dios; lo que es muy importante. Ya lo decía San Ignacio al indicar que "el hombre es creado para alabar... a Dios nuestro Señor". Y según San Agustín, "allí (en el cielo) alabaremos eternamente."

No hay ejercicio más sano y santificador que la alabanza: salimos de nuestro pequeño yo, con sus problemas, para admirar la grandeza de Dios, adorarlo, agradecer, confiar, abrirnos a su acción en nosotros y alrededor de nosotros. (En la Oración Compartida hay mucha sanación interior).

Otro "elemento carismático", que a veces incluye en los Ejercicios, es una petición de una nueva efusión del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo está actuando todo el tiempo durante los Ejercicios, pero puede ayudar hacer una oración durante la Eucaristía, pidiendo una nueva efusión del Espíritu. Lo importante aquí es caer en la cuenta del compromiso: la petición del Espíritu incluye el compromiso de ser fiel y generoso ante las inspiraciones del Espíritu; "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu" (Gal. 5,25).

Para este "andar" hacia adelante, solemos ayudar a cada ejercitante a escribir una "oración de fidelidad". Se trata de fidelidad a los deseos y a las luces que Dios le ha dado en los Ejercicios. La experiencia nos ha enseñado que siempre hay respuesta a la petición diaria en que ponemos nuestros problemas y buenos deseos en manos de Dios y le pedimos su solución en su tiempo.

También es de provecho la exposición del Smo. Sacramento en la capilla. No se trata de Hora Santa, en la que todos deban estar presentes, ni tampoco de una bendición con el Santísimo, sino de la oportunidad de adoración ofrecida a los ejercitantes.

C.G.U.: ¿Y en la dirección de los Ejercicios?

P.C.A.: Sí, el trabajo en equipo fue algo que aprendí dando retiros carismáticos.

Desde luego, los ayudantes son necesarios para los Ejercicios personalizados. Cuando el número de los ejercitantes pasa de diez, es necesario que haya un guía (a razón de un guía cada diez ejercitantes), para efectuar las entrevistas personales. También suelo encargar al guía una de las dos enseñanzas del día

También cada día hacemos una reunión corta con todos los guías. Allí, sin querer entrar en la privacidad de cada ejercitante, se pregunta a los guías si ha habido algún problema especial. Además se comunica el programa del día siguiente y las citas bíblicas que podrán entregarse a los ejercitantes, y se hace una oración encomendando toda la obra a Dios.

Allí también admiramos y alabamos lo que Dios está haciendo en los Ejercicios. Cada vez palpamos más claramente que el fruto en los Ejercitantes no es el resultado de nuestros esfuerzos, sino su contacto con Dios en la oración. Es Dios mismo, quien en su infinita misericordia, está tocando al ejercitante que se abre a él. Cada día los resultados nos dejan admirando la obra del Espíritu en nuestros hermanos.

Una última precisión: he mencionado aquí varios elementos de la Renovación Carismática que me han inspirado en la manera de dar los Ejercicios de San Ignacio. Esta experiencia mía no niega la existencia de

otras experiencias e innovaciones, que no estén inspiradas en la Renovación. Comunico lo que ha sido el camino de Dios para mí.

Capítulo 5: ¿Renovación con influjo ignaciano?

C.G.U.: Ud. nos ha mostrado el influjo de la Renovación en los Ejercicios ignacianos que personalmente dirige. ¿No habrá también un influjo ignaciano en la renovación que usted predica?

P.C.A.: Su pregunta puede resumirse en esto: ¿qué aporta la espiritualidad ignaciana a la Renovación que yo vivo y predico?

Creo que algo está respondido anteriormente, pero puedo resumir lo principal en dos puntos: discernimiento y dirección espiritual.

San Ignacio nos enseña a discernir: ¿de dónde viene este pensamiento o sentimiento, del buen espíritu, del mal espíritu, de nuestra propia naturaleza? Esto último puede ser armónico o desarmonico con la voluntad de Dios; de modo que también puede reducirse a un buen espíritu o a un mal espíritu (aunque no sea el demonio en persona).

Así resultó que, cuando conocí y comencé a vivir la Renovación, me pusiera a examinar y discernir.

Como apunté más arriba, lo primero que examiné, fue la oración en lenguas: ¿era milagro (el estar hablando un idioma antiguo con su vocabulario y su gra-

mática) o un lenguaje expresivo, en el que entraba un elemento sobrenatural (la comunicación con Dios) y un elemento natural (el lenguaje expresivo)?

Después me fui interesando por los carismas, y de una manera especial por la sanación: ¿era una capacidad sanadora recibida de Dios y que el "sanador" podía usar a su arbitrio? O, ¿era más bien, de nuestra parte, una petición a Dios animada de confianza en el amor, poder y sabiduría de Dios y de amor hacia el hermano enfermo?

Había que hablar con personas que tenían un ministerio de sanaciones para llegar a la verdad. Para esto, me ayudaron mucho las conversaciones con la Hna. Briega Mc Kenna, en el entendimiento de éste y los demás carismas.

Los frutos de este estudio se encuentran en varios de mis libros: **Carisma, Ciencia y Espíritu; Buscando Salud; Transformación espiritual y psicológica; Camino de Carismas; Carisma, Fe y Sanación, etcétera.**

El estudio de los carismas, me llevó a encontrarme con lo paranormal en todas sus dimensiones. El Cristiano ante lo Paranormal, fue uno de los libros que me exigió más trabajo. El campo era muy vasto y no se trataba de describir fenómenos, sino de valorarlos para un cristiano. Fue un libro fundado en experiencias de personas que yo conocía. Mis reflexiones debían tomar en cuenta las experiencias reales y debían modificarse cuando nuevas experiencias así lo exigían. Las conclusiones debían ser iluminadas por criterios cristianos. Fue un libro de mucho discernimiento.

El otro campo en que intervino mi formación jesuita fue el discernimiento aplicado a la vida espiritual: ¿Cuál es el curso de un sólido desarrollo espiritual?

¿Cómo guiar a los carismáticos en un camino de real y progresiva entrega a Dios? ¿Cómo conducir del "happy aleyuya" a una verdadera docilidad al Espíritu Santo?

Desde los primeros retiros que di en 1972, me ayudó el esquema de los Ejercicios ignacianos. Esto se refleja en Encuentro con Dios, que es, en el fondo, una combinación de Seminario de Vida en el Espíritu con Ejercicios Ignacianos.

Más adelante, constaté que estos Ejercicios, en especial los "personalizados", son el gran medio de apertura a la gracia de Dios y había que capacitar a muchos laicos para que dieran unos Ejercicios enriquecidos con las experiencias carismáticas (como los que se describieron en el capítulo anterior).

C.G.U.: ¿Qué ha predominado, lo carismático o lo ignaciano?

P.C.A.: No se puede hablar de predominio, como si las cosas fueran separadas y contrapuestas.

Para mí, no son separables. La Renovación no es un movimiento apostólico con una estructura propia y sus reglamentos que lo separan de otros movimientos apostólicos paralelos. Para mí, la Renovación es una corriente de gracias que nos abre a la acción del Espíritu Santo en nosotros y a través de nosotros. Esta corriente de gracia no está reservada para un movimiento en particular, sino para la Iglesia y para todos sus miembros (como lo fue la renovación litúrgica, la renovación bíblica y todo lo relacionado con el Concilio Vaticano II).

Con esta concepción, la Renovación me abrió a todo lo que el Espíritu Santo quiso hacer en San Ignacio y en sus Ejercicios; me abre a todo lo que el Espíritu Santo quiere que sean los Ejercicios en este momen-

to. Se puede decir: los Ejercicios renovados son llamados constantemente a renovar a los carismáticos. Es el mismo Espíritu el que fecunda los Ejercicios y los hace aptos para alimentar y fecundar a la Renovación Carismática.

Por esto, no tengo dos ministerios, que se apoyan el uno al otro, sino un solo ministerio, que se podría llamar: "nuestra apertura y respuesta a Dios". Es lo que necesitan todos los cristianos y, de manera especial, los carismáticos.

Los ejercicios de San Ignacio resultan un medio privilegiado, no porque vengan del Santo, sino porque comunican una visión rica y coherente de la revelación; ayudan a que el cristiano transite por este camino y lo haga en contacto con la Palabra vivificadora de Dios.

Capítulo 6: Camino de Carismas

C.G.U.: Padre Carlos, Ud. habla de un seguimiento a Cristo por un "camino de carismas". ¿De qué manera la espiritualidad ignaciana es un camino de carismas?

P.C.A.: Ante todo, recordemos que San Ignacio tuvo experiencia personal de carismas. En su convalecencia tuvo visiones que lo consolaron, experimentó los influjos de diversos espíritus e hizo discernimiento de ellos. Más tarde, tuvo iluminaciones espirituales y discernió entre visiones buenas y engañosas. Dios hizo milagros por él y se dejó conducir por el Espíritu Santo en su vocación apostólica.

En los Ejercicios fue muy prudente, porque hablar de inspiración, en ese tiempo, era suscitar sospechas de herejías. Sin embargo, contempla la posibilidad de gracias extraordinarias y del contacto inmediato de "la creatura con su Creador y Señor".

El santo en sus Ejercicios no explicitó los carismas como algo común de los cristianos, pero toda la concepción de Ignacio era bíblica, de modo que tomaba a la letra la proximidad de Dios con nosotros, sus frecuentes milagros, iluminaciones y liberaciones; la

posibilidad de conocer en concreto lo que Dios quería de cada uno de nosotros; la respuesta pronta de Dios a nuestras peticiones de conocimiento íntimo, dolor con Cristo, intensa alegría y gozo con su resurrección.

Además, hemos de tomar en cuenta sus cartas de dirección espiritual y su diario íntimo, donde combinaba sus consolaciones, luces, "locuelas" (oración en lenguas), etc. En todo esto hay una aceptación de la intervención de lo sobrenatural de Dios, como algo común y frecuente en nuestras vidas. Estos son los carismas.

C.G.U.: Pero si San Ignacio no habla explícitamente de los carismas, ¿cómo ayudan para ellos los Ejercicios ignacianos?

P.C.A.: Los Ejercicios ayudan de muchas maneras.

Ante todo, para unirnos en el amor misericordioso de Dios. Dos llaves de apertura a los carismas son el amor al hermano y la confianza en Dios. Los Ejercicios se fundamentan en el amor que Dios tiene para nosotros. Es nuestro Dios, Padre Creador y Salvador, quien nos invita a entrar siempre más íntimamente en su amor. Este amor de Dios a cada uno de nosotros y a nosotros como hijos incorporados en el único Hijo, nos lleva a confiar siempre en Dios que nos toca y transforma, no sólo en nosotros mismos, sino también en favor de nuestros hermanos. Cristo nos llama a trabajar por la conversión del mundo en unión con él.

Allí está el fundamento de los carismas y la invitación a nosotros.

La etapa de purificación quita los impedimentos a los carismas: el egoísmo, la ambición, las envidias y agresividades. Los carismas suponen ponernos al servicio del hermano.

El llamado de Cristo, es el llamado a la entrega de nosotros mismos, para "conquistar toda la tierra de infieles", es decir, para participar con él en su obra y, como él "ungidos por el Espíritu Santo para sanar los corazones afligidos, dar vista a los ciegos, liberar a los cautivos y oprimidos".

El llamado de Cristo es el de ser apóstoles "enviados a predicar el Evangelio con autoridad para sanar enfermedades y para echar demonios" (Mc. 3, 14-15).

Al contemplar la pasión de Cristo, el sufrimiento cobra valor para nosotros porque nos unimos al amor de Cristo redentor y, este amor, nos abre a los carismas haciéndonos canales de la acción de Cristo en favor de nuestros hermanos.

Jesús resucitado nos comunica al Espíritu Santo y nos dice también a nosotros: "Como me envió el Padre, así también los envío a ustedes... Recibirán poder... para ser mis testigos... hasta lo último de la tierra" (Jn. 20,21; Hch. 1, 5.8).

De esta manera, los Ejercicios nos preparan para recibir los carismas y colocan los carismas en su perspectiva que es "la acción de Dios a través de nosotros, para bien de nuestros hermanos".

Pero, evidentemente, no todo predicador de los Ejercicios pondrá en relieve estos puntos, ni todos los ejercitantes están preparados para apreciarlos. Sin embargo, podemos estar seguros de que todo esto era evidente para San Ignacio. Si le faltaba explicitarlo, no era por falta de experiencia de los carismas, sino porque estaban incluidos en su fe y en su experiencia de las cosas de Dios.

C.G.U: ¿Y la sanación en los Ejercicios?

P.C.A: Ese es otro aspecto de la relación de los ejercitantes con los carismas

De hecho, se da mucha sanación en los Ejercicios. Por esto se puede decir que son un instrumento de sanación. Y esto es verdad aunque ni el Director ni los ejercitantes sean carismáticos.

La explicación está en que las etapas de los Ejercicios, son etapas de entrega a Dios y, la perfecta entrega a Dios de cuerpo, de alma, de espíritu, es la semejanza con Cristo a la que estamos llamados "desde toda la eternidad" (Rm. 8, 29). Por esto, los Ejercicios nos llevan a la imagen que tuvo Dios al crear-nos y al estado celestial a que nos llama. Allí "ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor", porque Dios sana perfectamente; hace "nuevas todas las cosas" (Apc. 21, 4-5).

Por todo esto se puede decir que los Ejercicios son un camino de sanación y cuando hay más conciencia de sanación y más deseo y petición de sanación, se comprende que éstas se produzcan más abundantemente. Pero recordemos que Dios es dueño de sus dones y actúa como y cuando él quiere, en su infinito amor y sabiduría.

Capítulo 7: Aportes de la sicología

C.G.U.: Se dice que lo psicológico es un peligro para la vida espiritual, pero para usted parece que fue un aporte.

P.C.A.: Este es un punto interesante. Exige explicación.

Entre 1937 y 1940 conocí en Argentina a un hombre notable, Pedro D'Alfonso. Era profundamente religioso, estudioso y grafólogo de gran intuición. Nos dio algunas conferencias a pedido de nuestro Rector.

Con él me hice muy amigo. Conversábamos mucho. Su intuición y sus consejos me parecieron un modo de dirección espiritual. A partir de entonces, me interesé seriamente en la sicología y comenzó una lectura muy extensa.

Durante mi teología seguí leyendo. Me interesé por diversas tipologías y las fui usando para ver si podía combinar alguna que fuera de ayuda en la dirección espiritual. Llegué a la conclusión que debía dejar de lado toda tipología, ya que encasillaban a los sujetos en marcos prefabricados, dificultando así la formación de cada persona como ser inmensamente rico e irrepetible.

Por otra parte, me interesé en el curso de la vida espiritual con sus diversas etapas y fenómenos. Hice un estudio comparado de los Ejercicios de San Ignacio con las etapas descritas por San Juan de la Cruz. Esto me llevó a un estudio de los pasos con que los Ejercicios tocaban el entendimiento, la imaginación, la afectividad, aun en el inconsciente, para llegar a una resolución de la voluntad que estuviera apoyada por todas nuestras capacidades mentales. Este estudio se fue completando a través de varios años. Se puede decir que era un centro de interés, un hobby intelectual y afectivo.

Otro aspecto, el más importante de mi vida, eran las aspiraciones hacia Dios, que se nutrían en San Juan de la Cruz con sus Cánticos, San Ignacio con sus Ejercicios y Constituciones, Sor Isabel de la Trinidad, entre otros.

En Teología se intensificaron mis anhelos de Dios y mis lecturas de psicología iban en esa dirección.

Mis estudios en la Universidad de Lovaina (1947-1948), enriquecieron lo anterior. El estudio y uso de los Tests de Proyección, Rorschach y el Thematic Apperception Test, con todas las exigencias de una tesis académica, desarrollaron mi sentido de lo que es el rigor científico.

Esto fue completado más tarde, en la Universidad de Fordham (1960), con estudios sobre personalidad (Personality Inventories), uso de la estadística y lecturas de Counseling. También hubo complementación (1960-1964): las clases de pedagogía, con las que saqué el título de Profesor de Filosofía (Universidad Católica de Valparaíso), así como los de Profesor de Religión y Orientador Educacional (Universidad Católica de Chile).

Además, di cursos de Historia de la Pedagogía, Psicología Evolutiva e Higiene Mental en la Universidad Católica de Valparaíso y luego en la Universidad del Norte. Fue en Antofagasta donde publiqué el trabajo Tendencias Fundamentales del Hombre, que me sirvió, más tarde, en Transformación Espiritual y Psicología.

En Osorno desarrollé, en el Liceo de Niñas (1971-1972), un curso de Psicología, centrado en el conocimiento de la persona humana en diversos niveles. Fue enriquecedor para mí.

Cuando conocí la Renovación Carismática (1972), concentré mi atención en la espiritualidad y en el estudio de los carismas. Aquí, ayudaron las actitudes y conocimientos de psicología para discernir lo que es de Dios y lo que es psicológico, dentro de carismas en que concurre Dios con el hombre.

La dedicación entera a la dirección espiritual (a partir de 1976) me puso en contacto con gran diversidad de personas y fenómenos donde podían descubrirse elementos divinos, psicológicos, parasicológicos, espiritistas y aun diabólicos.

Algunas personas, con sus experiencias, me llevaron a lecturas en el campo de lo esotérico. No leía toda la basura que hay, sino lo que venía de autores importantes como Gurdjieff, Ouspensky y J.G. Bennett. Este último, un inglés muy inteligente, fue discípulo de Gurdjieff y practicó en su escuela, pero luego abrió otra escuela. Sus libros reflejan una vida de mucho "trabajo sobre sí mismo", en una búsqueda de la perfección humana. Cuando se abrió a lo sobrenatural descubrió que, en poco tiempo y sin trabajo, alcanzaba lo que tanto había buscado: terminó convertido al Catolicismo.

Una obra de Bennett me inspiró varios esquemas de Transformación Espiritual y Sicológica.

Más o menos a partir de 1984, conocí el PRH, haciendo una de sus "sesiones" (o jornadas de alrededor de cinco días). Fue en Colmar (Francia). La primera experiencia me atrajo porque veía una metodología que podía adaptarse a retiros espirituales. Más tarde hice unas seis sesiones más de diferentes temas y estuve un tiempo practicando el "acompañamiento PRH" bajo uno de sus instructores. En todas las sesiones, los instructores fueron excelentes. Aun seguí un par de sesiones que se dieron para instructores y posibles instructores. Pero estas experiencias me fueron revelando las fallas del PRH.

Por una parte, era una intelectualización, y por tanto un esfuerzo por controlar la vida interior. Este camino llevaba a un deísmo racionalista: se podía prescindir de Cristo, la redención, el Espíritu Santo, la gracia, los sacramentos, la verdadera oración.

Por otra parte, este racionalismo lleva a un subjetivismo: solamente me mueve lo que siento yo por mí: "lo que me habita". De ahí se puede llegar (y de hecho vi llegar) a conductas aberrantes. Vi también cómo el PRH hizo daño entre religiosos que se habían aficionado.

Esta experiencia mostraba además, que la inflación del "ego" producida por el PRH era un serio obstáculo para la sanación interior.

Todo esto no quita que el PRH haya sido de provecho para algunos individuos en particular. Los casos especiales no validan las desviaciones del sistema.

Las experiencias propias y ajenas con el PRH me ayudaron a ver más claramente los peligros del

sicologismo, es decir, de los métodos psicológicos cuando se quieren usar como medios para llegar a un fruto espiritual. Es atrayente la idea de un perfeccionamiento humano, con esfuerzos psicológicos, para hacerse más receptivo para los dones de Dios. Pero entonces se pierde de vista que "sin Cristo nada podemos" (cfr. Jn. 15,5); "sin ayuda del Espíritu Santo no podemos decir con fe que Cristo es el Señor" (cfr. I Cor. 12,3).

A medida que crece la confianza en nuestros esfuerzos (con Yoga, MT, PRH, etcétera) nos hacemos menos receptivos a la acción de Dios; nos alejamos de la humildad de los pobres de Yavé; crecemos en la soberbia y en la confianza en nosotros mismos. Por todo esto, son peligrosos los escritos de autores que, al poner su confianza en métodos de oración y en la propia libertad, consiguen frutos psicológicos, "estados de conciencia", pero estos son frutos humanos; no es Dios en nosotros.

También fueron un aporte los contactos con el Espiritismo de Brasil, a través de tantas personas, evidentemente buenas, con sus experiencias.

¿Cómo evaluar todo eso? ¿Cómo discernir tantos otros fenómenos paranormales que yo iba conociendo a través de gran variedad de personas?

San Ignacio habla de "pensamientos que nacen del buen espíritu, del mal espíritu y de nuestra naturaleza".

Las propias experiencias se amplían con otras ajenas, cuando éstas se reciben con comprensión y empatía. De allí los libros **Buscando Salud; Carisma, Ciencia y Espíritu y El Cristiano ante lo Paranormal**.

Me he detenido en describir mis exploraciones en el campo psicológico y paranormal, para demostrar que mis conclusiones actuales no son simples impresiones.

Lo psicológico me ha ayudado mucho en todo el campo de las fuentes de tentaciones, sanación interior y carismas. Los hábitos de examen objetivo, desarrollados en Lovaina, me han ayudado en el estudio de tantos fenómenos espirituales, psicológicos y paranormales, para distinguir los diversos campos.

En todas estas investigaciones, ha habido, por mi parte, una curiosidad para llegar al fondo de las cosas, pero sobre todo, ha habido una clara conducción de Dios. Sería interminable describir tantas "coincidencias" y "buenas suertes" que me han conducido y ayudado. Reconozco y agradezco una Providencia Divina que me ha invitado y hecho posible este aspecto de mi apostolado.

Capítulo 8: Lugar de la Virgen María

C.G.U.: Aprovecho para preguntarle sobre la Virgen María y los Ejercicios.

P.C.A.: Sabemos que San Ignacio tenía una gran devoción por la Virgen María. Era una devoción sencilla y filial.

Cuando estaba convaleciente en Loyola, tuvo una visión de la Virgen que le limpió de su mente todo la atracción hacia los desórdenes sexuales. Sin duda, tuvo allí una gracia de Dios que lo preparó para la misión de su vida.

Antes de apartarse de Loyola, visitó el pequeño santuario campestre de Nuestra Señora de Aránzazu. Para emprender su nueva vida, pasó una noche entera de oración ante la Virgen de Monserrat. En su vida de oración intensa en Manresa, recitaba el Pequeño Oficio de la Virgen. Los primeros votos que hicieron el grupo de diez compañeros, fundadores de lo que más tarde sería la Compañía de Jesús, fueron pronunciados el día de la Asunción de 1540, en una capilla consagrada a la Virgen. La primera capilla de los jesuitas en Roma, fue la que estaba consagrada a la "Vergine della Strada" (Virgen del camino). Así, podríamos mencionar muchos

datos que muestran la devoción personal de Ignacio hacia la Virgen y también la Providencia Divina que señalaba a la Virgen como Protectora de Ignacio y de su Compañía de Jesús.

No es de extrañar que, si la Virgen ocupaba tanto lugar en la devoción personal de Ignacio, ocupara, ella también, un lugar importante en los Ejercicios Espirituales.

Después del Principio y Fundamento, que es como una reflexión previa (o introducción) a los Ejercicios, ya el Primer Día de meditaciones, incluye Tres Coloquios. Estos son tres diálogos de súplica. "El primer coloquio es con Nuestra Señora para que alcance la gracia de su hijo..." (n. 63). Le parecía a Ignacio que su "Señora" y madre, no podía negarle lo que le pedía. Ella sería también la intercesora para con su Hijo, y después, el Hijo y la Madre apoyarían la petición de Ignacio al Padre.

Este mismo triple coloquio, comenzando con el recurso a su Señora y Madre, se repetirá en todos los pasos más importantes de los Ejercicios.

Otro aspecto de la devoción a María, es la inclusión de varios misterios evangélicos en los que la Virgen ocupa un lugar central. Así tenemos: la Encarnación, la Huida a Egipto, la Vida Obediente de Jesús a sus Padres, su Hallazgo en el Templo. En la Pasión menciona "la casa donde fue Nuestra Señora, después que sepultaron a su Hijo", y en la Resurrección, ante todo, propone la aparición a María. Subraya que la primera aparición, debía haber sido a María "ya que apareció a tantos otros".

En todos estos pasajes, el ejercitante es invitado a "considerar la persona" de la Virgen, cómo sería, cómo

se presentaría, "a escuchar sus palabras" y reflexionar sobre ellas, a "oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura... del alma (de la Virgen) y de sus virtudes (n.124), a tocar con el tacto, así como abrazar y besar los lugares donde las personas (y la Virgen) pisan y se sientan " (n.125), a "mirar y considerar lo que hacen (María y José), así como caminar y cansarse para que el Señor nazca en suma pobreza, y después de una vida tan dura: de hambre, sed, calores, fríos, sufrimientos, de injusticias y menosprecios, muera en una cruz, y todo esto por mí" (n. 116). La Virgen resulta, así, la mejor introducción al Corazón de Jesús. Ella estaba siempre perfectamente armonizada con su hijo.

C.G.U.: Pero, ¿hubo para usted nuevas luces sobre María, a raíz de su participación en la Renovación Carismática?

P.C.A.: Yo diría que no hubo nuevas luces teológicas, es decir, nuevas verdades doctrinales, que no hubiese estudiado en teología, o en mis lecturas; pero hubo un nuevo acercamiento de amor y confianza en el amor de ella por nosotros.

Por esto creo que hablo de ella con más convicción y cariño que antes.

Esto ilumina mi comprensión del pecado original, la comprensión de lo que fue la entrega de María: su "hágase en mí según tu palabra": una entrega tan total y definitiva, que fue casi como una decisión angélica; su adhesión última con todos los pensamientos, deseos y emociones del Corazón de Jesús.

Esta adhesión nos ayuda a contemplar la Pasión y la Resurrección "por dentro", es decir, viviendo estos misterios como los vivió Jesús. Para esto, el hilo conductor es la manera como vivió María estos misterios.

Y después, está la posición de María en el primer grupo creyente que pedía la efusión del Espíritu Santo y lo que sería la vida de la Virgen, después de Pentecostés.

En resumen: la Renovación me ha abierto a María más de lo que era mi devoción a ella; pero mi visión es ciertamente cristocéntrica. Creo que no hablo tanto de María como desearían muchos de sus devotos.

Capítulo 9: Colaboración laica

C.G.U.: De la colaboración de María con Jesús, en la obra de la redención ¿Por qué no pasamos ahora a la colaboración laica en el apostolado de la Iglesia?

P.C.A.: Bueno, pero teniendo siempre en vista que es Dios el que nos invita a colaborar con él. La colaboración no es tanto "con el sacerdote" sino "con Dios". Todos, sacerdotes y laicos, estamos invitados a colaborar con él.

En los Ejercicios Predicados, que fueron los únicos que recibí y que dirigí durante muchos años, no cabía pensar en la colaboración laica. El predicador daba varias enseñanzas al día, confesaba, celebraba la Eucaristía. Se puede decir que lo hacía todo.

Cuando comencé a dirigir los Ejercicios Personalizados basados en textos bíblicos, caí en la cuenta de que los laicos podían hacer lo mismo que hacía yo. Quizás la ocasión de este nuevo paso, fue una carta de Nelly Astelli. Me decía que en Bélgica le pedían que diera unos Ejercicios Ignacianos. Le respondí que tenía todos los elementos para darlos y le envié una lista de las citas bíblicas que yo usaba.

Más adelante, cuando se fue ampliando la casa de ejercitantes de Valparaíso, vi que podía recibir a veinte ejercitantes a la vez, si otra persona me ayudaba en las entrevistas personales. Yo recibía las entrevistas de diez, la guía laica recibía las otras diez. Yo daba una sola enseñanza al día y con el tiempo vi la conveniencia de realizar dos enseñanzas y que una guía laica tomara la segunda enseñanza. Esto debía ser especialmente a partir de testimonio personal. Los frutos fueron buenos.

Al mismo tiempo, caí en la cuenta de que los temas eran siempre más o menos los mismos, porque debían suplir una falta de formación de las personas que llegaban. Tenían una visión incompleta e infantil en materia de religión; podría decirse que no habían crecido más allá de su preparación para la Primera Comunión. Lo que necesitaban era una visión rica y coherente de la revelación divina y también una relación de lo divino con lo humano.

De allí nació el curso-retiro de **Transformación Espiritual y Sicológica**.

En esto fui avanzando paso a paso. Hice un primer esquema e invité a unas doce personas de variada formación intelectual, para escuchar las enseñanzas y decirme si éstas podrían ser útiles en forma de curso o retiro. Esto fue en Valparaíso con personas como Jorge Eduardo Rivera (profesor de filosofía de la universidad) y otras que eran dueñas de casa, trabajadoras en actividades no especulativas. Fueron todos mis "conejitos de experimentación".

Dada la aceptación de los primeros esquemas, comencé a dar **Transformación**. Los esquemas fueron transformándose en cada edición (siete aproxima-

damente), hasta que se convirtieron en el libro **Transformación Espiritual y Sicológica**.

Con mucho gusto mío, vi que había laicos que comenzaron a dar estos esquemas, adaptándolos a retiros variados.

Al mismo tiempo, los laicos fueron dando los **Ejercicios Grupales en la Vida (EGRUV)**, con excelentes resultados. Se palpaba cómo Dios bendecía a través de medios sencillos. Lo esencial, era poner a cristianos de buena voluntad en contacto con la Palabra de Dios.

También vi, con mucho gusto, que se formaban espontáneamente diversos equipos y que éstos iban tomando alguna permanencia. Varios elementos influían aquí: una simpatía espontánea o amistad, una unión en la oración, el llamado de Dios para unirse en una actividad apostólica, etc. ¿Cómo hacer para que estos equipos tomaran mayor consistencia y permanencia?

C.G.U.: ¿Influyó esto en la idea de multiplicar los grupos?

P.C.A.: Naturalmente, de hecho los grupos habían surgido sin iniciativa mía y podrían multiplicarse de la misma manera.

Por otra parte, irían también desapareciendo o aun desviándose si no se les ayudaba. De hecho, hubo algún equipo que fue mezclando las enseñanzas con cosas mal digeridas y que podían causar confusión. Convenía, pues, darles a estos equipos cierta ayuda para que no se desviarán.

Además, la estructuración de los equipos dentro de un organismo jerárquico tenía sus inconvenientes: los organismos se hacen rígidos y nacen ambiciones de mando, reglamentaciones superfluas, etc. Todo esto lo

hemos visto en la propia Renovación Carismática, en que muchos han creído que el movimiento inspirado por el Espíritu Santo, debía encerrarse en estructuras, reglamentos y puestos de autoridad.

Estas observaciones me llevaron a la idea de la formación de **Equipos de Formación Espiritual Ignaciana (EFEI)**. La idea fue madurando muy lentamente. En junio de 1987 tuvimos un encuentro en Agrelo, con colaboradores de Buenos Aires (los Radicella), Santiago del Estero (Lucy Nader), San Juan, Mendoza (los Pavón) y otros. Fue un curso de "metodología ignaciana", es decir, un recorrido explicado del texto íntegro de los **Ejercicios de San Ignacio**. El objetivo era una comprensión más completa de los Ejercicios Espirituales, como síntesis de vida espiritual y manual de acompañamiento espiritual. Se habló de **Equipos de Formación Espiritual**. No se concretó nada en definitiva.

Más tarde, en 1991 ó 1992, los Radicella tuvieron la experiencia, en Italia, de poder presentarse en el apostolado como miembros de un movimiento reconocido por la Iglesia o, por lo menos, como personas respaldadas por una autoridad eclesiástica reconocida.

Volvimos a hablar de los Equipos de Formación. Parecía que urgía "organizarlos" de alguna manera.

Fueron aclarándose las líneas principales de los EFEI:

a- una espiritualidad ignaciana para dar solidez espiritual, caminos de conversión constante y profunda, una visión común (y un lenguaje común), medios aptos para orientación propia y ajena. Una espiritualidad bien clara y sólida era la mejor defensa contra desviaciones y mezclas de elementos no cristianos;

b- un apostolado o servicio en favor del Reino de Dios, enviados por Cristo (Mt. 28,18-20) y guiados por el Espíritu Santo;

c- un apoyo mutuo, en equipos, en amor y amistad, en oración y en servicio a los demás;

d- un respaldo eclesial que fuera garantía de buena doctrina, discernimiento, humildad y obediencia.

Solamente con estas características, podían estos grupos ser instrumentos unidos a Cristo en la difusión de su Reino. Solamente así había posibilidad de multiplicación y perseverancia.

De estas consideraciones fueron saliendo ciertas líneas de "buen gobierno". Estas fueron propuestas a diversos miembros de los futuros equipos. Se adoptaron provisoriamente.

En todo esto, queremos que sea el Espíritu Santo quien nos muestre el camino. El debe ser el único fundador y animador de estos equipos.

C.G.U.: ¿Hay un orden, o etapas para la formación de miembros de los EFEI?

P.C.A.: No hay un orden estricto. En muchos casos, se han comenzado dando los EGRUV. La formación va a la par con el apostolado. La mejor manera de aprender para uno es dando para los otros.

Dando EGRUV, muchos han palpado la obra del Espíritu Santo en ellos mismos y en sus dirigidos; y con esto, los ministerios de acompañamiento, enseñanza, los carismas de sabiduría, ciencia, discernimiento, profecía.

Otros han comenzado acompañando en Ejercicios Personalizados, o dando Seminarios de Vida en el Espíritu o dando otros cursos o retiros como Transformación Espiritual y Sicológica, talleres de Oración, de

Carismas, de Sacramentos, de Sanación. Para otros, la ayuda principal ha sido el curso-retiro de Metodología Ignaciana.

No hay un orden estricto, pero lo indispensable es una vida espiritual propia, con retiros cada año, para su propia entrega a Dios, y el apoyo del grupo o equipo. Cuando una persona no puede trabajar en equipo, no da garantías de ser guiado por el Espíritu de Dios.

Hay casos bien lamentables de individualismo ambicioso.

C.G.U.: ¿La Renovación Carismática ha sido un aporte en la formación de los EFEI?

P.C.A.: Ha sido un aporte en varios niveles.

Ante todo, dar Seminarios de Vida en el Espíritu ha sido la primera experiencia de ministerio espiritual para muchas personas. Allí, se atrevieron a hablar en público sobre temas espirituales, tuvieron también contacto con otros, acompañamiento espiritual, quizás también oración de sanación y experiencias de otros carismas.

El bautismo en el Espíritu abrió, sin duda, a esa acción íntima de Dios, que nos lleva a amar al prójimo y a trabajar por su bien.

El trabajo apostólico ha fomentado la vida interior, y el Espíritu en nosotros ha llevado al fervor apostólico.

Añado una información de "última hora". En el encuentro de Metodología Ignaciana, que tuvimos en La Plata (Argentina 1996), pareció bien cambiar EFEI por EFEC, es decir: Equipos de Formación Cristiana. La razón fue la difusión de estos Equipos entre grupos de espiritualidad salesiana, benedictina, carmelitana, etc. Pero esto no quita que entre los de tradición ignaciana, continuemos hablando de EFEI.

Capítulo 10: ¿Difusión de una nueva Espiritualidad?

C.G.U.: Realzando los EFEI, ¿podríamos hablar de la difusión de una Nueva Espiritualidad?

P.C.A.: El Eclesiastés escribe que "no hay nada nuevo bajo el sol". Por otra parte, Jesús nos da un "mandamiento nuevo" y dice que "todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas" (Jn. 13, 34-35; Mt. 13, 52).

La verdad es que todo ya está revelado por el Padre a nosotros, el Pueblo de Dios en la tierra, pero la luz para comprenderlo, nos viene en los tiempos y en la manera que determina Dios en su sabiduría.

Lo que predicamos no se puede llamar una Nueva Espiritualidad, si miramos cada uno de sus elementos. Pero hay algo nuevo: esto es la gracia renovadora del Espíritu Santo.

En efecto, constatamos que lo nuevo, es la acción del Espíritu Santo, inspirador a través de lo que decimos y transformador de nuestros oyentes. Quedamos siempre sorprendidos de la acción profunda del Espíritu. Parece que Dios está apresurado para tocar los corazones y renovar nuestras vidas.

Esta es una experiencia de todos nosotros. Y es confirmada por los muchos que acuden a los retiros y talleres. ¡Cuántas transformaciones de vida!

Por lo demás, ¿no es esto lo que pedía Juan XXIII, "un nuevo Pentecostés para la Iglesia y para el mundo?"

C.G.U.: Padre Carlos, la cantidad de personas que hace retiros en Chile es enorme, y vienen aun de otros países. ¿Cómo ha sido todo esto?

P.C.A.: No es la primera vez que, tanto en Chile como en Argentina, se han producido movimientos importantes de los Ejercicios Ignacianos. Desde el siglo pasado se han edificado muchas Casas de Ejercicios y los ejercitantes han sido innumerables y de toda condición social. Esos movimientos tuvieron su auge, en especial por algunos predicadores como el P. Hilario Fernández en Chile, el Cura Brochero y el P. Bustamante, en Argentina.

Pero, como tantas cosas admirables, esos movimientos decayeron y casi desaparecieron del todo. Dependían de apóstoles determinados. Cuando desaparecieron, decayó el movimiento.

Ahora, me parece que el Señor quiere hacer algo nuevo mediante el apostolado de los laicos. En este siglo hay muchos movimientos de laicos que siguen vigorosos, aún después de la muerte de sus iniciadores. Tratándose de la Renovación Carismática, "renovación espiritual que está haciendo el Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo" (cfr. Paulo VI), debemos confiar en que contamos con una especial y nueva acción de Dios. De nosotros depende "no contristar al Espíritu", "no apagar el Espíritu", para que esta corriente de gracia continúe y se difunda. Paulo VI preguntaba: "¿No debemos poner todos los medios para que (esta renovación espiritual) continúe?"

Me parece que Dios nos ha mostrado varios medios: la Espiritualidad Ignaciana, los EFEI, los Ejercicios Bíblicos Personalizados, etc.

C.G.U.: ¿Cómo ve la Compañía de Jesús todo este caminar?

P.C.A.: Realmente se ve el carisma de discernimiento que ha dado Dios a la Compañía. Desde el primer artículo serio, publicado por el P. Francis Sullivan, S.J., en *Gregorianum*, ha habido jesuitas que han comprendido la Renovación. Desde luego, los Superiores Provinciales que he tenido, han sido de apoyo, nunca de obstáculo.

En cuanto a los Ejercicios Espirituales, todos los jesuitas apoyan este apostolado. Sin duda, muchos no conocen la manera en que la Renovación ha transformado los Ejercicios, no tanto en sí mismos, sino más bien en la manera de darlos. Como ya señalé: la renovación de los Ejercicios, no es algo ajeno a su inspiración, sino una manera más auténtica de darlos, si se compara con las formas tradicionales (de exégesis del texto ignaciano), o con interpretaciones inspiradas en teorías filosóficas o psicológicas.

C.G.U.: Padre Carlos, ¿quisiera decir algo más?

P.C.A.: Ya he dicho bastante. Por el momento no se me ocurre algo más. Te estoy muy agradecido porque me has dado la ocasión para desarrollar muchas cosas que tenía adentro; pero no me parece que estas cosas interesen al gran público. No son tema de un libro. A lo más, si interesan a los que están en los EFEI (Equipos de Formación Espiritual Ignaciana), podrían sacarse algunas fotocopias.

¡Que el Señor te bendiga!

Capítulo 11

Testimonios

I

Llegué a Padre Hurtado con muchas expectativas a hacer un retiro Ignaciano con el P. Carlos Aldunate.

El Padre me ayudó a ver muy luego que mi punto débil era la inseguridad y el Señor me mostró claramente la causa de mi inseguridad. Durante el tiempo de la gran depresión en los Estados Unidos, los años 30, mi padre fue a la quiebra y perdió una gran fortuna. Su socio se suicidó y la noticia de su fracaso apareció en los titulares de los diarios.

Yo era niña entonces y muy sensible y este hecho me afectó profundamente, dándome una gran inseguridad y angustia que no podía superar. Además, afectaba mi relación con Dios, no conocía el amor del Padre en quien confiar plenamente.

Los textos bíblicos que el Padre Carlos me fue dando durante los primeros días de retiro me abrieron poco a poco a experimentar y comprender en forma viva y profunda este amor.

El salmo 16 fue un gran consuelo y sentí algo de esta inseguridad salir de mí, dándome en cambio mucha alegría en el Señor. El texto de Gálatas, don-

de San Pablo nos dice que el Espíritu Santo nos ayuda a gritar "Abba , Padre", hizo que un día de retiro como a las doce de la noche descubriera de manera experiencial que ¡tengo el mismo Padre que Jesús!

Esta fue la gracia culminante del retiro, y en ese momento una realidad profunda rompió mis cadenas de esclavitud por la inseguridad.

Al día siguiente el Padre me dio el "Magnificat" para meditar todo el día; yo lo rezaba y cantaba en latín, inglés y castellano, dejando que las palabras me penetraran. Caminaba por el parque y quería gritar al viento, a los árboles que después de sesenta años de búsqueda inútil había encontrado a mi Padre. Me encontré con unas vacas y sin poder aguantar mi alegría les comuniqué: "he encontrado a mi Padre".

Cuando llegó el momento de reflexionar sobre la Pasión y Muerte de Jesús me encontré frente a una gran cruz que el hermano Ghezzi había puesto el día antes en el jardín. Con Jesús, mi hermano mayor en la cruz, podía entregarme totalmente a la voluntad del Padre, diciendo con El : "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

De esta experiencia tan grande nació en mí una nueva imagen de lo que quiero hacer y ser como religiosa misionera consagrada al Señor. Quiero ser una mujer de oración profunda, feliz y contenta, audaz, compasiva, con sentido del humor, libre de miedos, segura porque mi confianza está puesta en Abba.

Por eso amo tanto la Renovación en el Espíritu Santo y los Ejercicios Ignacianos; el Señor me ha cambiado en 180 grados, y habiéndolo conocido tan profundamente quiero que El me use para ayudar a

otros a conocerlo, amarlo y sentir su dulzura. Quiero poner muchos corazones a sus pies. ¡ A El la gloria!

Hermana Juanita Ratermann

II

Los Ejercicios de San Ignacio son para mí la acogida a Dios que me ha querido siempre y que quiere reconciliarme con mi propia historia. El me ha dado la gracia para vencer mis miedos y el temor a la verdad interior, a lo desconocido de sus designios. Han sido también un llamado al abandono en la medida en que me han puesto en situaciones cuyo desenlace va más allá de mi razón.

Mi experiencia es que al emprender este camino con espíritu de abandono se ha producido en mí un cambio que afecta todos los niveles de mi existencia y que se puede resumir en que la presencia de Dios en mi vida se ha hecho sensible y real.

Hay una mirada interior que en momentos de alegría o de tristeza es igualmente serena y entregada. El ojo del alma se ha abierto y confía, y así he dejado que Dios se exprese, y se realice el milagro: de crecimiento en la fe y en la confianza que El actúa concretamente en mi vida. Los Ejercicios me han abierto sin saberlo a los carismas. Así, Dios sin perder nada de su misterio se ha convertido en una presencia viva y cotidiana. El me puede hablar y comprender mi propio lenguaje; mi vida diaria es el contexto en que El se expresa. Me encuentro con El en los sueños que El

mismo descifra, en las personas que dicen de El, en los llamados interiores inesperados e inexplicables, en las intuiciones que sigo aunque me parezcan irracionales, en el traspaso real y entregado de lo que no puedo controlar.

Puedo verlo actuar y reconocer el milagro diario y no por eso menos extraordinario.

En estos momentos me preparo para tener la alegría de servir dando Ejercicios de San Ignacio.

Ana María Stiven

III

Desde hace once años Pauline, mi esposa, y yo, damos los Ejercicios de San Ignacio de acuerdo a una pauta de temas y lecturas preparados por el Padre Carlos Aldunate.

Los Ejercicios los damos una vez por semana durante cuatro meses aproximadamente, iniciándose con oración y cánticos inspirados, continuando con un tiempo para compartir la experiencia de la semana anterior y terminando con una charla explicativa del contenido de la semana siguiente.

Mi primera observación sobre esta ya larga experiencia es la riqueza de la Palabra de Dios. A pesar de que las lecturas bíblicas propuestas son siempre las mismas, cada vez que preparamos la charla ellas nos sugieren formas distintas de exponerla ante el grupo. Nada es rutinario porque la Palabra es siempre novedosa y sugerente. Siempre hay algo nuevo que nuestro limi-

tado entendimiento descubre en la infinita y variada profundidad del mensaje de Dios.

Pero esto no sólo nos ocurre a quienes dirigimos los Ejercicios, sino que también a los que participan en ellos. Es sorprendente comprobar, una y otra vez, la forma en que llega el mensaje a cada uno. La misma lectura sugiere algo diferente a cada persona de acuerdo a su vida y circunstancias, lo que no sólo enriquece al individuo sino a todos los participantes. Ahí se hace evidente la unidad en el Cuerpo de Cristo y la enorme riqueza espiritual que surge de compartir en grupo la Palabra de Dios.

Desde un punto de vista muy personal, los Ejercicios de San Ignacio me han dado muchos frutos. He fortalecido mi fe y confianza en Dios; mi conciencia está más atenta para buscar la voluntad de Dios y encontrar la gracia divina en lo "bueno" y lo "malo" que me sucede.

Esto ha sido muy importante para examinar el quehacer cotidiano y, especialmente, para discernir las decisiones en mi vida pública que siempre han estado expuestas a las concupiscencias del "poder".

Por otra parte, los Ejercicios me han dejado una creciente paz interior, la que ha tenido un efecto positivo en las relaciones familiares, en el trabajo y con las amistades.

Un fruto muy importante ha sido la unión espiritual que se ha producido al dar los Ejercicios con Pauline, la que se ha fortalecido en la oración que hacemos juntos al iniciar cada día y al poner ante Dios nuestras penas y alegrías. Esto ha permitido consolidar nuestro matrimonio con la presencia del Señor.

Agradezco a Dios por esta experiencia y pido su gracia para poder seguir sirviéndolo en esta misión.

Sergio Molina Silva

IV

Hice por primera vez Ejercicios de San Ignacio en silencio, dirigidos por el Padre Carlos Aldunate, S.J. hace ya once años. Fue una experiencia mística de apertura a la Palabra de Dios. El silencio, la oración, la contemplación y adoración ante el Santísimo, la Eucaristía diaria, me fueron dando la luz y medida del inmenso amor de Dios por mí y por sus hijos los hombres de todos los tiempos.

Este llamado fructificó en una segunda experiencia de Ejercicios dirigidos en silencio durante ocho días, esta vez acompañada por mi esposo, Sergio. Aquella vez, al finalizar los Ejercicios, el Padre Carlos nos pidió a Sergio y a mí que comenzáramos a dar Ejercicios en la vida diaria, entregándonos un material precioso compuesto por 16 charlas con lecturas bíblicas para cada tema. Esta secuencia de temas partiendo por Principio y Fundamento, nos permitió invitar a otros a la experiencia más transformadora y fecunda que es descubrir al Dios Amor que nos llama a pertenecerle y permanecer en Él.

Después de hacer y dar los Ejercicios durante un tiempo largo y sostenido, aprendimos a conocer a Jesucristo y esa vida oculta que es Dios con nosotros. La Palabra transformadora nos lleva a conocernos más pro-

fundamente a nosotros mismos, buscar los apegos desordenados y encontrar este camino de salvación. También nos ayuda a conocer al otro, al prójimo, a mirarlo y escucharlo con gran respeto y paciencia.

Descubrimos que la Vida era también nuestra vida y que nuestra historia de vida con sus momentos de consolación y desolación, significaba aceptar la cruz, y que todo el camino recorrido era necesario aceptarlo e integrarlo diciendo: todo fue necesario. Era necesario que el Cristo padeciera. Fue necesario que yo pasara por todo esto para hoy poder decir: Me reconcilio con mi historia de vida, la asumo en espíritu y verdad y sigo adelante. Cuando el alma encuentra el Camino, se da cuenta que todo en su vida fue camino.

En lo personal, la Palabra de Dios orada a la manera de San Ignacio, me ha hecho conocer interiormente que “no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas íntimamente”.

Haber encontrado esta “perla preciosa” y compartirla con otros me ayuda a vivir con gozo y alegría ahondando cada vez más y más en esta gratuidad.

Pauline Barros de Molina

V

Conocimos al Padre Carlos Aldunate el año 1985, en Santiago del Estero, República Argentina, invitados a participar de un curso de Transformación Espiritual y Sicológica. Este curso fue lleno de sor-

presas para nosotros, tanto que quedamos con verdadera sed de Dios.

En el año 1986 repetimos en Chile el mismo curso pero en un retiro cerrado. Aquí volvimos a encontrar cosas nuevas y en especial a valorar la Palabra de Dios que nos era casi desconocida. Este retiro lo seguimos haciendo siempre pues descubrimos un verdadero camino de conversión.

En 1987, después de hacer el retiro de Transformación Espiritual, nos quedamos en Chile para participar de un retiro "personalizado ignaciano" que también lo dirige el Padre Carlos.

En 1988 volvimos a Chile al retiro personalizado y ese mismo año viene a Salta el Padre Carlos invitado por la Renovación Carismática a dar charlas de iniciación y nos invita a que demos los "Ejercicios Ignacianos en la Vida". Estos se hacen una vez por semana durante cuatro meses. Cuando nos hizo la invitación le dijimos que sí, pero en el fondo nos achicamos, nos sentíamos incapaces.

Todo lo hace Dios. Recibimos el material para trabajar que llegó rápido y no sabíamos con que gente comenzar. Nos resultó fácil pensar en hacerlo con los integrantes del grupo de oración que por obra de Dios se formó hace años con el nombre de Juan el Bautista. Cuando le propusimos este trabajo al grupo y explicamos en que consistía, hubo plena aprobación y así comenzamos. El problema que se planteó fue que el número de participantes del grupo duplicaba el número aconsejado de integrantes, pero no teníamos más camino que aceptarlos a todos. Resultado: cada día de reunión era de una alegría inexplicable: es que la Palabra de Dios toca y transforma

corazones. No faltaron tampoco largos ratos de lágrimas. Encontraron un nuevo camino de oración y daban testimonio del cambio que Dios hacía cada día en sus vidas.

En 1989 se formaron tres grupos, varios repitieron los Ejercicios y se agregaron muchos nuevos.

En 1990 ya tuvimos tres acompañantes de guía, y en 1991 se formaron cinco grupos.

En estos momentos tenemos un grupo que llamamos "grupo cabeza", con 14 integrantes guías, un ministerio de intercesión y dos auxiliares de guías. Trabajamos en la Parroquia Nuestra Señora del Tránsito, cuyo párroco es el Padre Dante Bernacki, quien nos asesora y nos alienta en los momentos difíciles.

La finalidad de este grupo cabeza es de oración, de recibir la Palabra y escuchar lo que Dios nos quiere decir; de unidad y de amor, para ser el motor de todas nuestras actividades tendiendo siempre a ser formadores. En cuanto a las decisiones generales, las dejamos a cinco miembros del EFEI.

El grupo cabeza está en continuo movimiento mientras hay guías que se van a trabajar a sus parroquias cuando están preparados. Otros que son ejercitantes pasan a ser guías auxiliares e integran el grupo cabeza.

En concreto las actividades del grupo Juan Bautista son las siguientes: taller de alabanza; renovación del Bautismo; renovación de la Confirmación; comunidad centrada en la Eucaristía; taller de sanación y de perdón; taller de oración; Transformación Espiritual y Sicológica; Ejercicios Ignacianos en la Vida y por último Ignacianos Personalizados en retiro cerrado.

Que el Espíritu Santo ilumine nuestros caminos, nos colme de su amor y nos una, todo para mayor gloria de Dios.

Ibar y Lucía Serrano. Salta, Argentina

VI

Durante años he buscado al Señor y en el de 1996 me dio el privilegio de encontrarlo y sentirlo cerca.

En enero, cuando murió la Rebequita Irarrázaval y fui a las misas que se le hicieron, vi tanto amor, sinceridad y algo tan especial que me hizo pensar en su vida, que a pesar de las penas era de una entrega y un amor hacia Dios y los que la rodeaban muy impresionante.

En el verano del 95 conversando con ella me surgió que hiciera los Ejercicios de San Ignacio. Por diversos motivos no fue posible, por eso cuando la Rebequita murió y la Trini su hermana me convidó a hacerlos con su comunidad, acepté a pesar de que el horario no era el más adecuado, ya que trabajo en las mañanas.

Desde el primer día noté que algo especial había en ese lugar. La entrada de las monitoras, la paz que irradiaban, la sinceridad, la humildad y desde ese momento la presencia de Dios que tanto había buscado por años, se empezó a hacer presente.

Lo primero que aprendí es que no sabia nada y que tenia toda una vida por delante para conocer a Dios

y amarlo; que El se deja encontrar el día que uno le abre el corazón, lo deja entrar y acepta su voluntad.

La metodología la encontré mandada por Dios. Lo primero era alabarlo, darle gracias, pedirle. Después la charla siempre guiada por la Palabra de Dios.

En el grupo chico aprendí el silencio de escuchar al otro sin juzgar, sin intervenir, sin corregir y compartiendo lo que el Señor cada semana me decía a través de su Palabra.

El compromiso de hacer media hora de oración diaria con las lecturas bíblicas guiadas, se me hacía corto; cada día el Señor me enseñaba algo diferente. Y lo más importante, entendí con el corazón que Dios envió a su Hijo para enseñarnos a amar y perdonar. Fue clave para mi vida.

María Luisa Undurraga de González.

VII

Hasta los 40 años yo no había sido una persona religiosa ni necesitada de Dios. Sin embargo, una crisis que afectó todos los aspectos de mi vida me abrió a buscar la ayuda de Dios.

El Señor se valió de un sacerdote y de personas de gran fe que me invitaron a un retiro de la Renovación Carismática en 1973. Me asombré de encontrarme con personas que transmitían una profunda experiencia de Dios.

La riqueza de este retiro y de otros que siguieron fue produciendo en mí una gradual conversión que fue sanando y transformando mi vida personal y familiar.

En la Renovación aprendí a orar de una manera nueva, a alimentarme de la Palabra de Dios, a conocer y amar a Cristo y a su Iglesia, y a confiar en que somos amados hijos de Dios. Comencé a desear que este milagro y felicidad que me sucedía a mí, le pasara también a otros que no sabían de esta buena nueva. Entré a servir en seminarios y grupos de oración hasta que partí al extranjero por algunos años. Allá mi alimento fue la Eucaristía diaria en un convento de padres jesuitas, la meditación de la Biblia y la oración personal.

A mi vuelta fui invitada a recibir los Ejercicios de San Ignacio dados por Sergio Molina y Pauline Barros en su casa a un grupo de ocho personas durante cuatro meses. Apenas terminé estos Ejercicios, hice un retiro ignaciano personalizado y en silencio con el padre Carlos Aldunate. Estas dos experiencias marcaron de una manera nueva y más profunda mi desarrollo espiritual.

Junto a Pauline nos preparamos para dar Ejercicios en la vida diaria a mujeres solas. Los frutos no se dejaron esperar y, admiradas, veíamos transformaciones de vidas y sanaciones cada vez más profundas. Como ya teníamos demasiadas personas pidiéndonos Ejercicios, llegó a unirse a nosotras Rebequita Irrázaval. El padre Carlos nos animaba lleno de confianza en nosotras.

Después se unió al grupo Carmen Gloria Urrutia e Isabel Soubllette con quienes comenzamos a dar ininterrumpidamente Ejercicios en la vida diaria, en la Vicaría Cordillera con muchos frutos. Lo más im-

portante ha sido formar comunidad de oración para pedir al Señor nos purifique y nos ilumine para ayudar a los ejercitantes. Ha sido lindo compartir la vida a la luz de Dios:

El Padre Carlos nos instruye con sus talleres, retiros y libros y nos invita a formar parte de su equipo, integrándose a veces a nuestras reuniones del EFEI.

A la muerte de Rebequita Irarrázaval, el Señor nos mandó a su reemplazante, la Tere Larraín, quien se ha integrado con alegría a nuestro equipo de trabajo y oración semanal. Recientemente integramos a Inés Caggiao quien nos ha renovado con su amor.

Los dones, frutos y carismas del Espíritu se derraman profusamente en esta renovada espiritualidad que brota del contacto directo con la Palabra de Dios que transforma profundamente.

No puedo dejar de decir que María ha sido nuestra guía amorosa en los Ejercicios. Junto a Jesús encabeza las reuniones de nuestra comunidad, con los grupos y servicios que hagamos.

Doy gracias a Dios por esta alegría de amor, de servicio y de amistad que es trabajar por tu Reino, Señor.

Marilén Claro.

VIII

Quiero decir que siempre fui rebelde, desadaptado e inquieto y busqué la verdad por muchos

caminos. Después de ser catequista me adentré en la política con la motivación de cambiar la suerte de los pobres. Mi vida personal fue una larga historia de amores fallidos, hasta que un fracaso muy doloroso me mostró el desorden de mi vida. Había hecho todo tipo de terapias y permanecí doce años en un camino espiritual lejos de Cristo. Al pasar el tiempo me veía cada vez más solo y falto de recursos, hasta que un día especialmente triste supe que solo no me la podía.

Conocí al Padre Carlos Aldunate a través de una amiga, y asistí a un retiro de Transformación Espiritual y Sicológica en Padre Hurtado. Encontré a Dios, me puse a sus pies y me refugié en el pecho de la Virgen, comprobando con alegría que el camino de Jesús es de Verdad, de Vida y de mucha sencillez.

Hoy estoy ordenando mi vida, mis sentimientos, mi mente, mi cuerpo. Aún me siento débil pero estoy aprendiendo a vivir con discernimiento.

Francisco Ramos.

IX

El primer acercamiento que tuve con los Ejercicios de San Ignacio fue por intermedio de mi mujer, cuando llegó de Valparaíso después de un retiro de ocho días. Poco a poco fui sintiendo la necesidad de iniciar este camino de los Ejercicios y partí a mis primeros EGRUV con cierto temor ya que sabía que los Ejercicios no dejaban a nadie igual.

Me llamó mucho la atención la manera de orar de las personas que dirigían, ya que entablaban un verdadero diálogo con el Señor; era muy distinto a la manera de rezar que yo conocía desde chico.

Otra novedad fue la oración con los textos bíblicos que llevaba de "tarea para la semana". Por fin, pude comprender que la Palabra de Dios no era un hecho del pasado, ajeno a mi vida, inentendible, sino que Dios me hablaba a mí y se interesaba por mi historia. Así, descubrí su cercanía y su amor.

Después de hacer varias veces Ejercicios en la vida diaria, fui a Padre Hurtado a hacer un retiro en silencio con el Padre Carlos Aldunate. En esa oportunidad, para sorpresa mía, me invitó y me alentó con mucho amor a que diera con Carmen Gloria los EGRUV, diciéndome: "lánzate no más".

Quiero decir que dar Ejercicios juntos, como matrimonio, ha sido la mejor experiencia y regalo que hemos recibido, ya que nos ha unido en el Señor. Esto significa que ante esta gran responsabilidad, debemos estar en permanente oración, recepción de los sacramentos, intercesión por los ejercitantes y continuo diálogo, ya que el Señor nos interpela constantemente. Como fruto de todo esto recibimos paz y mucha alegría porque el Señor se manifiesta de muchas maneras sobrepasando todas nuestras expectativas. Puedo decir que sirviendo a los hermanos realmente se recibe mucho más.

El Padre Carlos me sugirió el año pasado que diera Ejercicios en la vida diaria exclusivamente para hombres. Me parece que fue una experiencia interesante.

Me he dado cuenta que cuando comenzamos a

servir dando Ejercicios lo único que nos queda es seguir caminando y aceptando todos los desafíos que el Señor nos pone.

Luis Araya Cuéllar

X

La Iglesia nos da muchos medios para nuestra conversión, sólo que en mi caso lo que me ha afirmado en la fe y confirmado en mi entrega al Señor han sido los Ejercicios de San Ignacio. La Palabra de Dios ha sido "como espada de doble filo que se mete hasta lo más profundo del alma y del espíritu y hasta la médula y saca hasta los secretos más íntimos". Esta afirmación se ha cumplido en mi vida.

En los primeros tiempos de mi conversión, había un texto que venía a mí una y otra vez: "volveré a edificarte y serás reedificada"(Jer. 31,1ss).

En el año 1988, entré a un retiro ignaciano sin ningún tipo de expectativas; sólo le pedí al Señor la gracia de dejarme dirigir por Él. Ya en la misa de entrada vino el recuerdo de mi abuelo paterno, al que no conocía pero sabía que era una persona importante en el país de Siria. Había escuchado que durante la Primera Guerra Mundial, cuando los hombres se escapaban para no enrolarse, se los capturaba y eran colgados frente a la casa de mi abuelo como escarmiento. Tomando otro texto de meditación durante el retiro,

el Señor me decía: "no hay cosa oculta que no venga a descubrirse, ni secreto que no llegue a saberse..."(Mt.10,26-33b). Así que, obediente a las directivas recibidas, empecé a preguntarle al Señor qué secretos serían esos.

Esa noche, vísperas de mi cumpleaños, oré al Señor pidiéndole la gracia de reconciliarme con mi historia. Soñé que "alguien" me mandaba a una habitación y me ordenaba que limpiara lo que había adentro. Recuerdo que percibí sensiblemente el mal olor que salía de ella, estaba llena de papas, flores y frutos, pero en mal estado.

A la mañana siguiente, durante la Adoración, alguien puso su mano en mi hombro y me dijo al oído: "estás como el velloncito de Gedeón". Recordaba el texto bíblico de Jue. 6, 11, y comprobé en él la similitud de hechos y personajes bíblicos con mi propia historia.

En la entrevista personal con el Director, se aclararon muchos puntos y pude entender que el Señor quería salvar a mi familia.

El Padre Carlos Aldunate hizo una oración de liberación por mí y pude ver sensiblemente el poder liberador del sacramento, cuando con toda sencillez decía: "Señor, libera a Lucy y a su familia de todos los efectos del pecado generacional". Enseguida, experimenté cómo toneladas de piedras se desprendían de mi espalda mientras lloraba de agradecimiento.

Desde el año 1984 comenzamos con un equipo a dar Ejercicios en la vida diaria en Santiago del Estero, y en estos años, más de 350 personas han visto cambiar su vida y la de sus familias.

Con la audacia que da el Espíritu Santo, dimos en agosto del año recién pasado, en la diócesis de Añatuya, el primer retiro de semana dirigido por laicos con excelentes frutos para el Señor.

¡Alabado sea Jesucristo!

Lucy Nader, Argentina

Epílogo

Diez desafíos que presenta la Renovación al jesuita

Artículo del Padre Carlos Aldunate aparecido en la revista CIS, Centrum Ignatianum Spiritualitatis. Roma, Italia, 1984

La Renovación Carismática se presenta al jesuita como un hecho nuevo en la Iglesia y en el mundo. No es una teoría ni una doctrina sino un fenómeno que se propaga en poco tiempo y gana toda clase de adeptos. Paulo VI habla a 10.000 carismáticos en 1975 en la Basílica de San Pedro y declara que la Renovación es una “buena suerte” (chance) para la Iglesia y para el mundo; y que hay que poner todos los medios para que la Renovación siga siendo esta “buena suerte”.

Un jesuita está llamado a interesarse por todo lo que es de importancia para el pueblo de Dios. Por vocación la Compañía de Jesús está ligada al Vicario de Cristo y ha recibido de los Ejercicios Espirituales una síntesis de solidez doctrinal y de experiencia espiritual, que la capacita para no quedarse en la apariencia de las

cosas, sino discernir de qué espíritu vienen. De ahí que la Renovación Carismática presenta al jesuita no uno sino muchos desafíos.

1 Entrar en la experiencia

Cuando asistí a mi primer retiro carismático, me pareció evidente que los sacerdotes y laicos del equipo director nos hablaban de una experiencia más que de una doctrina y nos invitaban a entrar en la misma experiencia.

Nos hablaban de pedir con fe una nueva efusión del Espíritu Santo, de ser apoyados en esta petición por el conjunto de nuestros hermanos de retiro. Ellos impondrían sus manos sobre nosotros, pedirían para cada uno esta efusión del Espíritu Santo y nosotros experimentaríamos la realidad de esta efusión .

Mi reacción podría haber sido semejante a la de Naamán el sirio (2 R.5,11-12) : “Yo, jesuita de 55 años de edad, ya he recibido el Espíritu Santo en mi Bautismo, Confirmación, Orden sacerdotal. ¿Qué es esta nueva efusión? ¿Un sacramento más? Tengo los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y allí no hay nada de nueva efusión o bautismo del Espíritu Santo. Esto es emocionalismo: debo desconfiar. Someterme a esto es ridículo...”

Gracias a Dios razoné de otra manera: era bueno pedir una nueva efusión del Espíritu Santo; esta petición debía ser seria, con un compromiso de mayor fidelidad al Espíritu; yo siempre había deseado esto. ¿Qué mejor si todos mis hermanos de retiro me apoyan en esta petición?

Pero ciertamente procuraría evitar toda autosugestión. Quería proceder en fe y no en sentimiento.

Entrar en la experiencia supone una gracia de humildad y sencillez. Pude responder a esa gracia y nunca me he arrepentido. No sentí en ese momento ningún emocionalismo, pero los resultados fueron una profunda y continuada transformación de mi vida.

2 Investigar teológicamente

Entrar en la experiencia es el primer paso. Es indispensable, porque solamente estando dentro y convencido de la realidad del hecho se van presentando los demás desafíos.

Un segundo desafío es el de investigar teológicamente el significado de este hecho. En efecto, por su formación intelectual el jesuita siente la necesidad de comprender las cosas nuevas, integrándolas a su visión teológica y espiritual. Si no hemos entrado en la experiencia, la Renovación puede ser atribuida a fundamentalismo e ilusión, pero después de experimentar su realidad transformadora, nos preguntamos ¿dónde cabe esta experiencia en mi teología?

Así vemos que pronto comenzaron a aparecer artículos y libros de jesuitas que estudiaban el significado y alcance de la Renovación. Escriben Donald L. Gelpi, Herbert Schneider, Francis A. Sullivan, Antonio Barruffo, J. Gouvernaire, George A. Maloney, Robert Faricy, John Haughey, Paul Lebeau, Benigno Juanes y muchos otros.

Las revistas jesuitas se van interesando desde 1972: *Gregorianum*, *Etudes*, la *Civiltá Cattolica*, *Mensaje*, *Stimmen der Zeit* y otras.

El padre General Pedro Arrupe se interesa también; se informa con varios Provinciales, y en 1975 aprovecha el Congreso Internacional de la Renovación para reunir en Roma unos 50 jesuitas que trabajan en la Renovación y pedirles el fruto de su experiencia.

A nuestro espíritu misionero ha pertenecido siempre no solamente viajar a nuevas tierras, sino también comprender otras culturas, investigar lo que contienen de semillas de la revelación. ¿Cómo no iban a investigar los teólogos jesuitas estos horizontes que se abrían con las nuevas manifestaciones de la acción de Dios?

3 Analizar y desmitizar

La Renovación que brotó en Norteamérica tuvo desde los comienzos contacto con literatura pentecostal: recordemos los libros de David Wilkerson: *The Cross and the Switchblade* y de John Scherrill: *They Speak with other tongues*. No había sino literatura pentecostal o protestante que tratara de estas experiencias y diera una explicación de ellas. Muchos de estos libros eran excelentes desde el punto de vista religioso. Recuerdo algunos de Donald Gee, Robert Frost, Michael Harper, Larry Christenson. Pero muchos libros pentecostales adolecen de fundamentalismo y los católicos absorbían gran parte de esta interpretación literal de las Escrituras.

Un caso típico era la comprensión del don de lenguas. Siguiendo a los pentecostales, muchos católicos no dudaban de su carácter milagroso, ya que el don de lenguas consistiría en alabar a Dios en uno de los dos mil y tantos idiomas que ha habido en el mundo. Así lo explicaban los primeros sacerdotes en la Renovación.

Ante este hecho surge para el jesuita un nuevo desafío porque por nuestra tradición espiritual estamos acostumbrados a cierta desconfianza de lo maravilloso.

¿Cómo puede ser que el milagro se vuelva tan común? ¿Es verosímil que Dios infunda un dominio sobre palabras y estructuras gramaticales completamente desconocidas para el que habla? ¿No habrá otra explicación más natural: que las lenguas no sean un idioma conceptual sino un lenguaje expresivo, como lo son también la danza y la música?

Esta desmitización no afecta el hecho de una gracia sobrenatural en la oración y de una inspiración profética en la profecía en lenguas, pero armoniza mejor los hechos con lo que parece ser la manera ordinaria de las cosas de Dios.

Por otra parte, explica muchos aspectos de este fenómeno que tanto intriga.

También hay otras manifestaciones del Espíritu que desafían el espíritu crítico del jesuita. Está acostumbrado, por las reglas de discernimiento, a distinguir "los tiempos": el de la gracia divina y el de la añadidura humana. La inspiración divina se ejerce a través de actuaciones humanas.

De esta manera, el análisis, el discernimiento, la desmitización (sin caer en reduccionismo racionalista) permiten apreciar la inmensa variedad de las gracias de Dios y distinguirla de los elementos a veces bien ambiguos de la expresión humana. Se pueden estudiar los aspectos psicológicos de un carisma en concreto sin reducir ese carisma a lo puramente psicológico; se puede descubrir la acción de Dios aunque esté envuelta con conductas desequilibradas.

Este desafío me abrió a otros desafíos más.

4 Explorar los problemas limítrofes

Una característica de la Compañía es la amplitud de espíritu con que trabaja para “el mayor servicio de su divina Majestad”. Los misioneros jesuitas propagaban la fe y eran al mismo tiempo astrónomos o arquitectos o filólogos o médicos. Como no hay valor humano que no refleje la gloria de Dios, se interesaban en todos los aspectos de las diversas culturas para hacerlas a ellas también canales de revelación.

Por esta tradición los jesuitas en su conjunto están libres de un dogmatismo estrecho. Suelen abordar los problemas con una mente abierta. Se les suele encontrar explorando los campos limítrofes en que convergen lo religioso y diferentes disciplinas humanas.

Los carismas invitan a la investigación interdisciplinaria: la teología, la espiritualidad, los estudios bíblicos, la psicología, la parasicología, la historia de las religiones...; todas estas ciencias tienen algo que aportar al estudio de los carismas.

Ya hemos mencionado a jesuitas teólogos. Otros han investigado diferentes aspectos de los fenómenos carismáticos o de fenómenos similares: Carlos María Heredia, Oscar González Quevedo, William Johnston, Yves Raguin, Eric De Rosny.

Un campo de especial interés es el de la sanación. La curación de una misma dolencia puede ser alcanzada de diversas maneras: con la medicina científica o con las fuerzas parasicológicas, con invocación de es-

píritus desencarnados o con la oración en que se pide la salud a Dios.

¿Cómo se explica esto? ¿Qué valores y qué peligros hay en los diversos caminos de salud? ¿Qué diferencias hay en la salud obtenida por estos caminos?

Este campo ha atraído el estudio de varios jesuitas: los hermanos Dennis Linn y Mathew Linn, James Wheeler, Bernard Tyrrell, yo mismo y otros.

Clarificar la naturaleza de los dones carismáticos no es una mera curiosidad intelectual. Tiene un alcance práctico. Desde luego permite al jesuita abrirse él mismo, de una manera más plena y consciente, a la experiencia de esos dones.

Para mí se me abrió un mundo antes insospechado; un mundo en que se palpa la proximidad de Dios, su amor, su poder, su sabiduría. En este mundo encontré a muchos hermanos y hermanas que pude admirar y también comprender y orientar, porque yo había complementado comprensión teórica y experiencia personal.

5 Dirigir hacia la autenticidad

Un problema de discernimiento es el de la autenticidad de las comunicaciones con Dios. Estas mociones, inspiraciones, visiones, audiciones, profecías, ¿son realmente una palabra de Dios para mí? ¿Cuánto elemento humano se ha mezclado con la comunicación divina, si en realidad hay aquí comunicación divina?

El jesuita que está en contacto con la Renovación es consultado continuamente por personas que buscan orientación. Es un desafío que no podemos elu-

dir, porque Dios nos ha llamado a una vocación en que tenemos especial formación en discernimiento.

En mis doce años de trabajo con la Renovación he tenido que discernir más fenómenos de la vida espiritual que en toda mi vida sacerdotal anterior (de 27 años). Hay una variedad inmensa desde lo puramente imaginativo hasta las gracias que los autores clásicos llamaban "extraordinarias"; desde lo divino hasta lo patológico y el poder de las tinieblas. Y no solamente toca diagnosticar pidiendo al Señor sus "palabras de ciencia", sino también sus "palabras de sabiduría" para orientar señalando camino (ver 1 Co 12,8).

Otro problema de autenticidad es el de la autenticidad de la respuesta del hombre a Dios.

El Cardenal Suenens ha dicho que la Renovación Carismática es "la democratización de la santidad". Ciertamente es la multiplicación de los que aspiran a darse a Dios en un servicio sincero y progresivo, porque lo carismático no consiste en recibir dones, sino en la docilidad del hombre a las mociones del Espíritu. Pero también se divulga la santidad ilusoria...

Todo esto, que pertenece al campo de la dirección espiritual, se ha difundido enormemente con la Renovación. Son innumerables los laicos que se sienten llamados a "la experiencia directa con Dios, en la que al ser humano se le revela que... Dios es algo cercano, se puede hablar con él y nos salva por sí mismo..." (1)

Entonces acuden al sacerdote, sobre todo si es "un jesuita de la Renovación", en búsqueda de dirección espiritual.

Esta dirección es un desafío para el jesuita, para

que él también sea auténtico al darla. Se encuentra con otros niveles de oración que son muy superiores a los que él ha experimentado; se encontrará también con dificultades que no sabrá resolver.

Solamente la auténtica entrega a Dios y al hermano, con el esfuerzo para capacitarse mejor, lo hará instrumento apto en las manos de Dios. Verá con sorpresa que Dios actúa a través de él, a pesar de sus limitaciones.

6 Entrar en los caminos de santidad

El desafío más insistente y personal que presenta la Renovación al jesuita es el de su propia santificación. Entrar en la experiencia carismática es un compromiso de fidelidad sin límites a Dios; y de hecho la propia fidelidad se revela cada día más imperfecta.

A medida que el jesuita va estudiando los diferentes aspectos de la Renovación para comprenderla intelectualmente (¡característica del jesuita y de su formación!) se da cuenta de lo que significa "gracia", "don gratuito de Dios". Es un factor que no se somete a méritos ni a méritos acumulados, no podemos provocarlo ni determinarlo... Es acción libérrima de Dios. El jesuita experimenta lo que es crecer en la aceptación de lo que Dios quiere darle.

A medida que el jesuita está discerniendo los dones ajenos, se siente más y más pobre él mismo. A medida que es usado por Dios como instrumento de enseñanza y como canal de gracias en la intercesión por otros, más claramente palpa sus propios defectos y se siente "rodeado de debilidad"(Heb 5,2).

Todo esto es mi experiencia. Mirándome como

era años atrás, veo que en ese tiempo se reflejaba en mi conducta la seguridad intelectual del que se sentía inteligente y poseedor de doctrina para analizar las ideas y los hechos, juzgarlos e indicar caminos de acción. En cambio, desde que vivo la Renovación me siento llevado a un contacto muy realista con lo imprevisible en la situación ajena y en la propia. "El que ha nacido del Espíritu" está muy despierto a esa indeterminación descrita por Jesús como "no saber de dónde viene el viento ni a dónde va" (Jn 3,8).

De muchas maneras la Renovación desafía la seguridad del jesuita al ponerlo en contacto con la acción tan variada e imprevisible del Espíritu de Dios. Son cosas que no pueden ser entendidas con nuestras facultades naturales, por bien entrenadas que estén. Es necesario "discernir espiritualmente", con el carisma para captar el mensaje del Señor (ver 1 Co 2,14; 12,10; Mt 16,3).

Y este mensaje, encarnado en muchas experiencias muy concretas, es un llamado constante de desestabilización y de entrega más y más radical a Dios.

Ante este desafío, el jesuita siente más la necesidad de oración: la desea, la pide, procura darle tiempo... Y esto no es fácil. Por lo menos en mi caso tengo una lucha para no dejarme llevar del activismo: "hay tanto que hacer...". Una y otra vez debo preguntarme qué quiere Dios de mí en cuanto a mi oración. Es necesario contestar sinceramente.

Lo que se dice de la oración debe repetirse acerca de los otros requerimientos de Dios: ¿Qué me pide Dios en servicio de mis hermanos, en la lucha por la justicia, en el contenido y manera de la predicación, en la entrega de mi tiempo, trabajo y salud...? Estas pre-

guntas se las debe hacer todo jesuita, pero la Renovación las hace más insistentes porque se tiene más experiencia de la inmediatez de Dios, de sus inspiraciones y acción.

Se ha dicho que “una cosa es recibir el Espíritu Santo y otra cosa es ser tomado por él, guiado, asido, llevado por él” (ver Lc 4,1; Rm 8,14; Flp 3,12; Jn 16, 13).

El desafío es el de ser conducido cada vez más constante y completamente por el Espíritu, como lo fueron Jesús y María, y todos los jesuitas que resultaron “instrumentos unidos a Dios” (ver Const P. X, 2°).

7 Redescubrir los Ejercicios Espirituales de San Ignacio

Nuestra comprensión de los Ejercicios ha crecido gracias a tantos trabajos de investigación, comentarios del texto y desarrollo de los temas. También han arrojado nuevas luces sobre los Ejercicios los estudios de otras espiritualidades cristianas y no cristianas. También los progresos de la sicología han valorizado las intuiciones de San Ignacio y sirven para expresar en un lenguaje objetivo y arreligioso la transformación de la personalidad que se opera en el retiro ignaciano.

El aporte de la Renovación es más profundo que los anteriores, porque hace real y tangible “el núcleo” de la espiritualidad ignaciana: que Dios quiere y puede tratar de modo directo con su creatura; que el ser humano puede realmente experimentar cómo tal cosa sucede; que puede captar el soberano designio de la libertad de Dios sobre su vida” (Rahner, pp.12-13).

Por esto, la Renovación desafía al jesuita a mirar

los Ejercicios con nuevos ojos porque se acerca a ellos con mayor riqueza de experiencia espiritual. Las indicaciones de San Ignacio cobraron para mí nueva fuerza porque, como nunca antes, comprendí el alcance y eficacia de la oración preparatoria, de las peticiones y de los coloquios, el valor de las pautas clave de los Ejercicios, la sabiduría de los documentos sobre elección, reforma de vida, discernimiento de espíritus, oración, la inspiración sobrenatural de todo el conjunto.

La Teología ha progresado desde el siglo XVI a esta parte, pero los Ejercicios son tan básicos que orientan al jesuita en doctrinas y problemas que no conoció San Ignacio. La Renovación introduce nuevas experiencias que desafían a leer y a usar los Ejercicios más profundamente.

8 Mirar al mundo con ojos nuevos

Hoy día nos encontramos en uno de los períodos más dramáticos de la historia: los problemas son mundiales, los acontecimientos se precipitan, la Iglesia se encuentra en transformación.

El jesuita que ha experimentado la fuerza de la Renovación mira los acontecimientos con nuevos ojos y se siente llamado a renovar su visión de la Iglesia.

Ve cómo el ateísmo toma muchas formas: no es sólo la negación de Dios, sino también la superstición, la atracción por lo esotérico y misterioso, la creencia en fuerzas mágicas, la confianza en la autoafirmación, el apego supersticioso a ritos, la entrega a ideologías. El hombre está en búsqueda desesperada de salvación.

En este cuadro, la Renovación es algo mucho más amplio que un conjunto de grupos de oración con

sus cantos, sus brazos en alto, su apertura a los carismas. La Renovación es una corriente de gracia que está actuando en todo el mundo de diversas maneras, es la voluntad salvífica de Dios, urgente, variada, sorprendente, que quiere transformar al hombre dándole “un corazón nuevo y un espíritu nuevo” (Ez 36,26).

El jesuita se siente tomado en esta corriente, donde no vale “el prudente, el erudito, el que cautiva y arrastra con sus cualidades naturales, sino el que es movido desde dentro a una presentación auténtica de Cristo crucificado y a una demostración del Espíritu Santo y de su poder” (ver 1 Co 1, 20-23; 2, 1-5).

El jesuita observa que esta acción de Dios no ha seguido un camino “descendente”, como una doctrina definida por la jerarquía y transmitida por los sacerdotes al pueblo. Ha seguido el camino “ascendente” del antiguo adagio “la voz del pueblo indica la voz de Dios”.

En efecto, la Renovación actual comenzó fuera de la Iglesia Católica en capillas pentecostales y denominaciones protestantes; se suscitó en la Iglesia entre los laicos; desde las bases del pueblo de Dios fue difundiéndose y llegando a ser aceptada por sacerdotes, obispos y Papas.

Somos ya muchos los jesuitas que hemos visto en este movimiento un signo de Dios y nos hemos arrojado para que nuestros hermanos laicos impongan sobre nosotros sus manos y pidan al Señor que nos llene de nuevo más abundantemente con su Espíritu. Muchos años después de la ordenación por el obispo, hemos experimentado una unción del Espíritu por las oraciones y manos del Pueblo de Dios.

Karl Rahner ha escrito que “el cristiano en la Igle-

sia del futuro” será un místico, es decir un cristiano que vive “una auténtica experiencia existencial de Dios”; será un cristiano que crece en “una experiencia comunitaria del Espíritu, en una comunidad fraternal-espiritual, en una espiritualidad vivida en grupos”; será un cristiano que viva “una nueva eclesialidad...en que se comparten y soportan las insuficiencias y defectos de la Iglesia” (2).

Estas características ya las estamos viendo en los cristianos de la Renovación Carismática. Y el jesuita que trabaja con ellos se siente invitado a participar. La visión triunfalista de la Iglesia y de su misión en el mundo ya no cuadra con la realidad. La espiritualidad individualista vivida dentro de una estructura eclesial protectora ya no puede subsistir. El Espíritu de Dios nos quiere transformar para estos nuevos tiempos.

9 Corregir la deformación intelectualista

Sin duda, la mayor parte de los jesuitas sufrimos una deformación intelectualista que comenzó antes de entrar nosotros en la Compañía. Cuando niños y adolescentes fuimos educados dentro de la cultura de occidente: humanismo grecolatino, racionalismo, enciclopedismo, cientificismo... El sistema de estudios, exámenes, grados académicos, títulos profesionales... todo conducía a una sobrevaloración del intelecto. La formación filosófica y teológica dentro de la Compañía tendía a reforzar esa tendencia intelectualista. El resultado era un jesuita que tenía un intelecto bien formado, pero a costa de otras cualidades humanas.

El daño espiritual está en que el intelectualismo constituye para muchos de nosotros una seguridad, una

riqueza que atesoramos demasiado porque es nuestro punto de apoyo. Resulta así un factor limitante. Nos inhibe ante lo espontáneo (ajeno y propio). Desarrolla nuestro espíritu crítico ya que nos proporciona criterios para juzgar a los demás y nos hace temerosos de ser juzgados.

Esta deformación intelectualista influye en nuestra comprensión de los Ejercicios llevándonos a confiar más en su lógica persuasiva o en su dinámica emocional que en el influjo del Espíritu. Nos pone obstáculos inconscientes a la acción de Dios en nosotros. Solamente serán removidos por un crecimiento en la fe que se realiza con la oración, la corrección fraterna, la purificación que efectúa el Espíritu.

El jesuita se encuentra ante un desafío duro y humillante; pero es indispensable entrar por este camino estrecho donde se siente pobre y desprovisto de sus seguridades de antaño.

10 ¿Salir de la Compañía?

Extrañará esta pregunta, pero creo conveniente plantearla con franqueza, porque puede presentarse al jesuita cuando descubre un mundo espiritual tan rico y nuevo que puede parecerle ajeno a su vocación. Además es un mundo atrayente, de contactos humanos, donde se reciben quizás demostraciones de cariño que no recibe en su propia comunidad. Karl Rahner ha escrito que la "obediencia jesuítica queda encuadrada dentro de una comunidad fraterna... sobria y objetiva", que exige "una cierta renuncia al calor de nido" (3).

He observado en algunos religiosos y religiosas esta tentación de liberarse de las estructuras de sus con-

gregaciones, para entregarse sin trabas al apostolado en la Renovación. Por otro lado, “la experiencia inmediata de Dios”, la experiencia de que “Dios sigue siendo el-que-es-cada-vez-más-grande”, relativiza todo lo humano y transitorio (4). Quizás para algunos religiosos esta relativización se convierta en una reacción contra un culto excesivo de la propia congregación con su historia y sus reglas.

Por otro lado, el contacto con laicos que en el mundo llevan una vida de notable generosidad con Dios, puede hacer sentir al religioso y religiosa que dejar la congregación sería el primer paso de una vida mucho más entregada al servicio del Reino.

He observado esta tentación en otros. El desafío va más hondo: el de ser auténtico en la propia vocación.

Si Dios realmente me ha llamado a la Compañía de Jesús, este llamado será confirmado y profundizado a medida que crezco en la línea de la Renovación, que es la línea de entrega creciente a Dios.

Si mi vocación a la vida religiosa fue inauténtica en su base, o si mi entusiasmo por la Renovación está muy mezclado con elementos egocéntricos, es evidente que “peligrará mi vocación”. Será necesario discernir cuál es la voluntad de Dios sobre mí, para que mi vida sea una auténtica respuesta a Dios.

Mi experiencia es la siguiente: la Renovación Carismática ha sido para mí la constelación de gracias más rica y exigente de mi vida de jesuita y me ha confirmado plenamente en mi vocación. Los desafíos que he descrito son un reflejo de las gracias recibidas por mí. Conozco a otros jesuitas con experiencias diferentes de las mías y, en algunos puntos, de más profundidad. Ellos también se sienten plenamente realizados en

su vocación a la Compañía. Habría mucho más que decir sobre todo esto.

(1) Karl Rahner, "Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy"; Sal Terrae, 1979, p.16.

(2) Karl Rahner, "Christsein in der Kirche der Zukunft", en *Orientierung* 44 (1980), citado en *Selecciones de Teología* 21 (1982).

(3) Karl Rahner, *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, pp.29-30.

(4) *Ibid.*, pp.10 y 38.